



**BREVE HISTORIA  
DE LA GUERRA  
CON LOS  
ESTADOS UNIDOS**

**JOSÉ C. VALADÉS**

**cf**  
**fe**

**BREVIARIOS**

**Fondo de Cultura Económica**

## V. LOS EJÉRCITOS

Alarmada la diplomacia norteamericana con el mando y poder adquiridos por el general Mariano Paredes y Arrillaga, sin recato alguno buscó la manera de hacer cambiar el orden de cosas establecido en México, y puso la mirada en el general Antonio López de Santa Anna, con la creencia de despertar en éste las ambiciones y hacerle así un firme aliado. Corrió la diplomacia de los Estados Unidos en esta faena una de sus más chuscas aventuras.

El coronel Alejandro A. Atocha fue en busca de Santa Anna, quien se encontraba en La Habana.

Vida de crápula y de embrollos es la que había llevado Atocha. Audaz y sin escrúpulos, por su servilismo con Santa Anna, ganó una posición económica en México. Marchó luego a los Estados Unidos, en donde se hizo amigo de los rebeldes de Texas y de los jacksonianos. Fue contrabandista de armas, y en seguida de ostentarse como coronel, adoptó la nacionalidad norteamericana.

Se presentó Atocha en Washington al presidente James K. Polk diciéndose comisionado de Santa Anna y asegurando que éste estaba dispuesto, si el gobierno de los Estados Unidos le concedía apoyo para regresar a México y apoderarse de la presidencia de la República, a entregar el territorio nacional comprendido al norte de San Francisco (California) y del río Bravo, mediante 30 millones de dólares, de los cuales deben exhibir los norteamericanos, en el acto, 500 000.

Con mucho candor, Polk cayó en la trampa (aunque sin soltar dinero) tendida por el astuto Atocha, pero antes de seguir las negociaciones con el hombre de los tantos laberintos, se dirigió apresuradamente a John Slidell a fin de que hiciera el último esfuerzo para ser recibido por el gobierno establecido en la ciudad de México en calidad de plenipotenciario, porque deseaba tener

un punto de apoyo para abrir negociaciones con el general Santa Anna.

Slidell, como ya se ha dicho, fracasó en sus propósitos, y Polk puso en camino a La Habana al comandante Alexander Slidell Mackenzie, con el carácter de representante oficial del gobierno de los Estados Unidos, para entrar en arreglos con el general Santa Anna. Las instrucciones secretas que llevaba Mackenzie decían que había de proceder a sondear el ánimo de Santa Anna para “notificarle”, en seguida, el propósito del gobierno de los Estados Unidos de proseguir vigorosamente la guerra “para resistir el ataque del intruso gobierno militar del general Paredes”; pero dispuesto a poner punto final a las hostilidades en cuanto hubiese en México un gobernante con ánimos de arreglar “amistosamente las dificultades existentes entre las dos naciones”.

Mackenzie fue también autorizado por el presidente Polk para decir a Santa Anna que el gobierno norteamericano vería con agrado la caída del “despotismo militar de Paredes”, y con esto, su satisfacción por el regreso de Santa Anna al poder, y que realizado este plan cesaría la guerra y un plenipotenciario de los Estados Unidos, con amplias facultades, estaría listo para “ofrecer [a México] en las condiciones más liberales, el dinero suficiente con el fin de que quedasen establecidos los límites geográficos permanentes entrambos países”, cediendo el gobierno mexicano al de los Estados Unidos el territorio del que “probablemente ya estaban en posesión” las tropas norteamericanas. Se agregaba en las instrucciones a Mackenzie que, al aceptar Santa Anna este proyecto, Polk expediría órdenes para que los barcos que bloqueaban los puertos del Golfo permitieran al general regresar a su patria.

La conferencia de Santa Anna y Mackenzie se efectuó el 7 de junio de 1846, y luego de leer el enviado norteamericano el instructivo de su presidente, dijo Santa Anna que agradecía la disposición para que las fuerzas navales de los Estados Unidos no entorpecieran su desembarco en las playas de su país; hizo recuerdos de su visita al general Andrew Jackson; admitió haber

cometido errores en sus gobiernos pasados, y manifestó su conformidad en las negociaciones para dar término a la guerra “mediante un tratado de límites con los Estados Unidos”, al paso que propuso —dice Mackenzie— que el general Zachary Taylor avanzara a Saltillo y que el puerto de Veracruz fuese ocupado por las tropas extranjeras.

Candongo como era (*candonguero* le llama una muy española crónica de la época), el general Santa Anna aprovechó la diabólica misión de Mackenzie para burlarse de la diplomacia norteamericana. En efecto, cuando Mackenzie llegó a La Habana, estaba resuelto el regreso de Santa Anna a México, mas no por artes del enviado de Polk, sino a consecuencia del compromiso contraído por el general con los liberales mexicanos. El ex ministro Isidro Reyes —a quien los liberales dieron toda su confianza para que llevara a cabo la maniobra “a todos los precios”— era el encargado de burlar la vigilancia de los barcos de guerra de los Estados Unidos y de conducir a salvo a Santa Anna “a cualquier punto de la Costa de Sotavento”.

Sin embargo, se presentaban grandes dificultades para la operación en virtud del extremo celo de las embarcaciones del enemigo, por lo cual Santa Anna, siempre amante de los ardides, aprovechó la coyuntura que le ofrecía Mackenzie para romper el bloqueo mediante palabras que a nada concreto le comprometían. “Todo lo que dije [a Mackenzie] fue tan vago que apenas es creíble el engaño sufrido por el enemigo”, escribió el general Santa Anna.

Otra, sin embargo, ha sido la universal creencia sobre la actitud de Santa Anna en La Habana, explicable tanto por el misterio con el que acostumbran rodearse los personajes políticos, cuanto por las desdichadas versiones que se encargó de propalar la diplomacia engañada, y de las cuales se hicieron comunicantes algunos escritores mexicanos, sin comprender que el deslustre a Santa Anna tenía por objeto extinguir la fama valiente, decorosa y patriótica de México. Sin embargo, ni los modernos trabajos históricos de Reeves y Rives, con ser tan parciales, ni lo insidiosos

de Justus H. Smith, señalan connivencia de Santa Anna con los Estados Unidos.

Dueño, pues, Santa Anna de la autorización para pasar la línea de los barcos norteamericanos que bloqueaban los puertos nacionales del Golfo de México, fletó el buque mercante inglés *Argyle* y se dirigió a Veracruz, y el 16 de agosto de 1846 el bergantín estaba a la vista del puerto, al que entró empavesado. Temerosos de una traición, los veracruzanos esperaban al general Santa Anna con cierto desdén. Sin embargo, hubo en la ciudad salvos de artillería y las campanas de los templos fueron echadas a vuelo. Los miembros del Ayuntamiento porteño, con notorio recelo, acudieron al recibimiento, pero los soldados abandonaron sus cuarteles y vitoreaban a su antiguo general.

Otra fue la recepción que se preparó en Puebla a Santa Anna. Aquí se reunieron los ministros, los altos jefes militares y los funcionarios del gobierno poblano. Todo ese mundo oficial estaba acaudillado por Valentín Gómez Farías. El obispo Francisco Pablo Vázquez esperaba, bajo palio, al recién llegado a las puertas de la catedral, pero Santa Anna rechazó la ceremonia religiosa dispuesta en su honor y se encerró con Gómez Farías, los ministros y los generales a discutir planes, y a continuación expidió una proclama en la que invitaba a los mexicanos a tomar las armas en defensa de la patria.

Los cohetes voladores, los repiques y las salvas hicieron saber que el general Santa Anna estaba a la entrada de la capital de la República. Las fachadas de las casas en las calles por las que había de pasar el cortejo político y militar estaban cubiertas con “cortinas, flámulas y flores”. Los regidores, generales y funcionarios del Estado se habían dado cita en el Peñón, y todos, al llegar el general, lo llenaron de miramientos y halagos.

En seguida se organizó el desfile. Cuatro carros alegóricos a la libertad, a la unión, al ejército y a la guerra abrieron la marcha. Iban después los coches que ocupan los miembros del Ayuntamiento y de las comisiones de los ministerios, y atrás, en carretela abierta, Antonio López de Santa Anna y Valentín Gómez

Fariás. Vestía el general, con mucha severidad, un levitón negro. En la cabeza lucía una gorra de nutria y sostenía “con una mano el cuadro de la Constitución de 1824”.

Entró la comitiva a la calle del Hospicio de San Nicolás (hoy Guatemala), donde la multitud vitoreaba a Santa Anna, y continuaba por las de Santa Teresa, Escalerillas, Tacuba y Santa Clara (Tacuba); tomó la de Vergara (Bolívar) y apareció por las de Plateros (Madero) frente a la Plaza de Armas, pasando bajo un gran arco triunfal levantado al lado del portal de Mercaderes.

Con mucho regocijo fue recibido el general en el Palacio Nacional, y luego de concurrir a un Te Deum en la Catedral se retiró a Tacubaya, en donde estableció su cuartel central, no sin antes haber anunciado su decisión de marchar al norte de la República a tomar el mando del ejército.

Rehuyó, “más sombrío que victorioso”, otras fiestas que se habían preparado en su honor, y sólo pensaba en sus planes de campaña y en obtener fondos para la guerra.

La presencia de Santa Anna exaltó los ánimos. Se olvidaron los descalabros sufridos por el Ejército del Norte en Palo Alto y Resaca; se elevó la llama del patriotismo. Los hombres, quién más, quién menos, se sentían obligados a morir en defensa de su tierra, de sus leyes, de sus costumbres, de su independencia. Los partidos omitían rencillas y ambiciones.

Preguntaba Santa Anna al ministro de Guerra, Juan N. Almonte, cuáles eran los efectivos del ejército, y supo que no había más de 20 000 soldados sobre las armas, e interrogó al de Hacienda, Valentín Gómez Fariás, sobre los fondos del erario, para descubrir que sólo había deudas. Llamó a consulta a los generales, y en tanto el general Ignacio Mora y Villamil creía en el peligro del avance de los norteamericanos por el norte del país, el general Gabriel Valencia opinaba que el enemigo intentaría el desembarco en Veracruz para dirigir sus pasos, a continuación, sobre la ciudad de México. Santa Anna escuchó a los jefes militares y resolvió en favor de los proyectos de Mora y Villamil,

que consistían en llevar a cabo una campaña rápida y venturosa en el norte y volver violentamente a Veracruz para evitar una invasión de los extranjeros. Valencia aceptó el plan y se le ordenó salir a Guanajuato a fin de promover la organización militar, al mismo tiempo que Santa Anna nombraba al general Anastasio Bustamante jefe del Ejército de Occidente, con instrucciones de ir en auxilio de los mexicanos que defendían el territorio de la Alta California.

No obstante los numerosos obstáculos que se oponían al desarrollo de sus proyectos, Santa Anna no desmayó. En cada mexicano alentaba un apoyo a su empresa. Su plan comenzó en la formación de un ejército, aparte del permanente. Necesitaba 20 000 hombres bajo sus órdenes, pero no esperó a que éstos, alimentados por el patriotismo, se reunieran, sino que escribió a los gobernadores para que procedieran a alistarlos. Requeriría cañones, pólvora, fusiles, carros, víveres, medicinas, y como nada había en cantidad suficiente, se propuso improvisarlo todo. Cada hora perdida podía ser fatal a un pueblo que únicamente confiaba en su valor.

Mientras que Valencia iniciaba el alistamiento en Guanajuato, Santa Anna despachaba a San Luis Potosí a los hombres que pertenecían a la cascada división del general Paredes y Arrillaga. Antes, arengó a los soldados con mucha vehemencia, hasta hacerles del triunfo una convicción, al paso que con mucho apresuramiento estableció en la ciudad de México tres fábricas más de pólvora y ordenó la fundición de dos centenares de piezas de artillería, y era tal su actividad que no daba descanso a su cuerpo: “Su mirada ha tomado tal fiereza, que se asemeja a la de un felino”.

Aunque el ejército tenía individuos con relevantes cualidades (por más que la literatura antimexicana los ha perseguido sin descanso, acusándolos de haraganes y cuartelescos y haciéndolos amos de irrefragables ambiciones), las bases de su organización y disciplina eran muy endebles.

En 1846 la marina de guerra nacional en el Golfo de México estaba formada por dos bergantines, dos goletas y seis cañoneras. La dotación de estos 10 buques de vela era de 387 tripulantes y 14 piezas de artillería, en tanto que la de las cuatro goletas que operaban en el Pacífico era de 85 hombres y dos cañones.

Toda la planta del cuerpo médico militar en la República consta de un director, ocho médicos, 24 ayudantes y 11 enfermeros, y los facultativos estaban obligados a firmar un contrato de enganche por dos o tres años y vivían bajo la amenaza de severas penas si llegaban a desertar. No había un solo cuerpo de milicia, ya activo, ya permanente, que estuviera completo, y mientras que los cálculos (porque no había informes exactos) del gobierno del general Herrera hacían ascender el número de soldados mexicanos a 22 000, de los cuales 14 000 corresponden al arma de infantería, las noticias del ministro de Guerra en los meses de mando del general Paredes indican que sólo existían 19 000 hombres en pie de guerra, aunque no todos poseían fusiles.

Ajenas a la realidad eran las cifras que el presupuesto nacional destinaba para el ejército. Se presuponían en 1845, para gastos militares, 15 millones de pesos. Sin embargo, los ingresos nacionales en ese año llegaron escasamente a 13 millones, de los cuales, aparte de que no eran recaudaciones en efectivo (puesto que el gobierno recibía en los pagos, ya de las rentas del tabaco, ya de las aduanas, papeles de la deuda nacional y vales de acreedores), se descontaban los pagos a los incesantes anticipos de los prestamistas, y se llegaba así a la conclusión, como lo fijaba el ministro Parres, de que al sostenimiento del ejército se destinaban “de cuatro a cinco millones de pesos”, con los cuales era necesario comprar vestuario, vituallas, cabalgaduras, pólvora y granadas.

Nunca un ejército pudo vivir en medio de tal número de pobreza, y de aquí que nadie quisiera engrosar sus filas y se tuviese que acudir a la leva. Así, cuando el general Santa Anna se situó en Querétaro a fin de organizar un ejército para combatir al general Paredes en Guadalajara, ordenó a todas las autoridades “coger



por la fuerza a todos los indios de su jurisdicción”, con lo que pudo reunir 8 000 hombres, la “mitad de los cuales, por estar desarmados, tenían órdenes de tirar de las piezas de artillería”, de servir a los soldados de los batallones activos y de atender la marcha de las carretas de los abastecimientos.

Por ser muy cortas y débiles las fuerzas militares de la nación, apenas llegado al Ejecutivo, el general José Mariano Salas se dirigió a los gobernadores, diciéndoles que a pesar “de las disposiciones supremas que con repetición se han dictado para cubrir las bajas del ejército”, las filas de éste siguen mermadas, y a consecuencia decretó “un contingente extraordinario de hombres” para todos y cada uno de los estados de la federación, pidiendo 8 200 al de México, 4 000 al de Jalisco, 3 800 al de Puebla, 3 000 al de Guanajuato, 1 800 al de San Luis, 2 000 al de Oaxaca, 1 980 al de Michoacán, 1 000 al de Veracruz, y 4 200 a los de Zacatecas, Querétaro, Durango, Chihuahua, Sinaloa y Aguascalientes.

Además, el general Salas dio órdenes para que se procediera a formar la Guardia Nacional en todos los estados, advirtiéndole a continuación el general Santa Anna: “Los cuerpos de la Guardia Nacional, de acuerdo con sus respectivos gobernadores, quedarán sujetos solamente a los comandantes generales de aquellos Estados que estén invadidos, atacados o amenazados por el ejército norteamericano”.

Mas como no había armas, ni era posible introducirlas al país debido al bloqueo de los puertos mexicanos, el gobierno, para alentar a los traficantes y contrabandistas de materiales de guerra, y “considerando la urgente necesidad de poner a la República en el mejor estado de defensa contra la escandalosa usurpación que le han hecho de una gran parte de su territorio los Estados Unidos”, expidió una ley para permitir “la libre introducción, por cualquier punto de la República, y la venta franca en toda ella, de fusiles, carabinas, sables, cañones de bronce y de hierro con sus cureñas, y en general toda especie de armas y proyectiles, sin pagar derechos de importación”.

Tarde, sin embargo, llegaron estas medidas; porque bien rodeado estaba ya el territorio de México por los cañones de los Estados Unidos. El depósito de confianza, y no de previsión, hecho en 10 años por el gobierno nacional, carecía de solidez.

Ocho mil eran los hombres que en la ciudad de México estaban dispuestos a marchar a las órdenes de Santa Anna al norte del país, pero no había ni armas que darles, ni dinero para la compra de víveres. Sólo 3 000 soldados de la capital federal podrían ir a la defensa del suelo amenazado.

Quiso el general Santa Anna unir la fecha de su salida al norte al de una gloriosa de la patria mexicana: a la del 27 de septiembre; pero fracasó en su deseo, porque el ministro de Hacienda, de 300 000 pesos que le había ofrecido para los primeros gastos de la campaña, sólo pudo entregarle la tercera parte. Se indignó el general y, llamando a 15 de los hombres más ricos de la ciudad, los obligó a que le entregaran los 200 000 pesos faltantes, y a continuación dictó las órdenes para la marcha.

Un escuadrón ligero de Puebla, tres cuerpos de húsares y tres de infantería y uno de artillería de a pie formaron la columna de Santa Anna que se adelantó al general en jefe con rumbo a Querétaro.

En carruaje, seguido por dos diligencias, en las que viajaban generales y oficiales, y escoltado por un corto número de jinetes, salió Santa Anna de la capital. La despedida en Tacubaya fue patética. Le besaron las manos las mujeres que iban a anunciarle la entrega de los primeros botiquines de campaña que afanosa y silenciosamente habían fabricado. Los pobres y los empleados apiñados a las puertas de su casa le pidieron armas para formar parte de su guardia.

Camino a San Luis Potosí, el general en jefe encontró un batallón de patriotas queretanos. Eran como 300 hombres, de los cuales menos de la mitad llevaba fusil. Muchos de éstos “iban descalzos”. Todos, por vez primera, empuñaban un arma. Profundo desconsuelo causaba “ver aquella caravana sin orden

militar y sin recursos para la guerra”, pero pronto los nuevos soldados borraron toda amargura para convertirla en una esperanza, pues, reuniéndose en torno al carruaje de Santa Anna, solicitaron con conmovedoras exclamaciones ser los primeros en ofrendar sus vidas en defensa de la patria.

Después de ese espectáculo, y apenas seguido el camino hacia San Luis, llegó una noticia que produjo “más indignación que tristeza”: la de la capitulación de Monterrey. Saltaron de los labios de Santa Anna maldiciones contra el general Pedro Ampudia. Ciego por la ira, el general en jefe ordenó que Ampudia fuese aprehendido y llevado a consejo de guerra y, en seguida, dejándose conducir por los impulsos, tuvo intenciones de marchar al frente de la columna que le precedía sobre el enemigo, confiado en un golpe de audacia.

Sin embargo, en San Luis se encontró con un hombre de prudencia, provisto de un sentido de organización y animado por un sin igual patriotismo: el gobernador Adame, y sosegado, tanto por el buen juicio de éste cuanto por los informes precisos sobre cómo habían capitulado, que no era deshonoroso para la nación mexicana, se entregó a dar cuerpo a su ejército.

En la ciudad de México circulaban panfletos llenos de ultrajes para el jefe del ejército nacional: Santa Anna con desparpajos trae las tropas en andrajos; Mal patriota es el que no dice la verdad; Cruel desengaño de la Nación Mexicana, y otros más en los que se acusa a Santa Anna, ora de ampuloso y embustero, ora de cobarde y falso, ora de gastador y desordenado. Se dice que Santa Anna se niega a escuchar a los generales que le piden la salida sin dilación del ejército para expulsar al enemigo del territorio nacional, o bien, que tiene el propósito de volver a la ciudad de México para declararse dictador.

Tilda Santa Anna de *folletistas* a los autores de tanta infamia, en tanto que los liberales, atribuyendo a los conservadores la paternidad de los panfletos, expiden una ley de imprenta, puesto que, si

*la facultad de expresar el pensamiento [dice el decreto] [...] es uno de los primeros derechos del hombre, y la libertad de ejercerlo una de las más preciosas prerrogativas que reconoce en los ciudadanos el sistema representativo [...] los escritores pueden abusar de la imprenta, empleándola en desahogar pasiones innobles, en incitar a la desobediencia y en subvertir el orden social; y los encargados del poder pueden también encadenarla para acallar la voz de la opinión, que les pide cuenta de sus actos, y levantar así el edificio de la tiranía sobre las ruinas de la libertad civil*

se hace indispensable reglamentar la libertad de imprenta.

Y, al efecto, el gobierno estableció que ningún mexicano podía “ser molestado por sus opiniones”, pero que se consideraban “abuso de la libertad de imprenta” los escritos en que se atacan “de un modo directo la religión católica”, la forma de gobierno republicana, representativa y popular, “las máximas doctrinas dirigidas a excitar la rebelión o la perturbación de la tranquilidad pública”. Se establecía, además, “la censura de toda clase de escritos, denunciados como abusivos de la libertad de imprenta”.

Con singular prudencia se toleraban aquellas injurias que no hubieran acarreado males a la nación, de estar dirigidas a opacar a un hombre, pero que, acompañadas de dislates y trabucos, al paso que sembraban el desaliento y la desconformidad entre los mexicanos, ponían al enemigo en posesión de noticias útiles para el desarrollo de sus planes políticos y militares.

Bien informado estaba, pues, el general Zachary Taylor, comandante del ejército enemigo en el norte del país, de todos los sucesos en la ciudad de México y en San Luis Potosí.

Taylor, el jefe del *ejército de ocupación*, era un viejo y valiente soldado de los Estados Unidos. Una escuela de disciplina y previsión unía a los recursos que el gobierno de su país había puesto a su alcance. No era soldado audaz, pero sí metódico; tampoco era de iniciativa, mas gusta del cálculo. Nada de

brillante tiene ni en sus marchas ni en sus dispositivos de combate. Ha sido perseguidor incansable de los indios rebeldes en el territorio norteamericano, y entre sus hazañas está el triunfo en el combate del lago Okeechobee, en diciembre de 1837, que dio fin a la campaña de Florida.

Mas el hombre que preparaba los planes para la guerra con México era el general Winfield Scott.

Scott tenía gran precio como militar, lo que se debía no tanto a su participación o mando en extraordinarias batallas, cuanto a las aptitudes que como organizador poseía. Era sañudo y no ocultaba sus ambiciones. Lucía un despejado talento, que él mismo se encargaba de opacar en sus momentos de irascibilidad. Gustaba del arrojo y del imperio en sus órdenes, y se adornaba con una de las más altas cualidades de un general: la previsión.

Aunque hecho en el fuego de numerosos combates, el general Scott sobresalía en la llamada *Black Hawk War*, en 1832. Marcó allí sus capacidades de jefe, su sentido de orden; dio un rumbo a la forma del ejército norteamericano. Luchó, además, con destreza, lo mismo contra las enfermedades que diezmaban a sus soldados que contra el enemigo, brillando sobre todo con sus rápidos movimientos.

Cuando fue nombrado jefe de la campaña contra los rebeldes indios seminolas, llevó al exceso sus preparativos. Previsor, no obstante que los rebeldes no eran más de 1 200, pidió 5 000 soldados y exigió rifles de *patente* en vez de mosquetes, y fue tal la fuerza que reunió, que esto sólo bastó para amedrentar a los indios.

En seguida, con franqueza, anunció el peligro de que fueran los voluntarios y no los soldados regulares la base del ejército norteamericano, lo cual le acarrearía numerosas dificultades e intrigas, que obligaron al gobierno a llamarlo a Washington para que respondiera a las acusaciones que se le hacían de haber retardado las campañas contra los indígenas insurrectos, en lo que había más politiquería que realidad.

Ciertamente el ejército de los Estados Unidos no poseía la organización que anhelaba el general Scott; como tampoco podía ufanarse, hasta antes de la guerra con México, de virtuosas glorias: así lo confesaba el general Emory Upton en su historia de la *Política militar* norteamericana, trabajo que no por espeso deja de ser valioso.

En lo que respecta a sus fuerzas militares, el gobierno de los Estados Unidos seguía un procedimiento invariable: mantenía, en tiempos de paz, un pequeño ejército, pero en la guerra organizaba voluntarios a toda costa.

En 1835 el total de los miembros del ejército norteamericano de tierra ascendía a escasos 4 000 soldados. La zona militar oriental, a las órdenes del general Scott, tenía 1 500 hombres; la que comprende el oeste del país contaba con poco más de 2 000, al mando del general Gaines. Eran, por otra parte, tantas las dificultades que los voluntarios ocasionaban a los generales y oficiales del ejército regular, que en 1838 el Congreso aprobó el acrecentamiento de las fuerzas permanentes. De esta manera, el ejército quedó constituido por una plana mayor, con cuatro generales y 158 oficiales; un cuerpo de ingenieros, con 43 oficiales; un cuerpo de ingenieros topógrafos, con 36 miembros; un cuerpo de ordenanzas, con 322 hombres; dos regimientos de dragones de 20 compañías, con 1 430 soldados y 68 oficiales; cuatro regimientos de artillería con 162 oficiales y 2 848 soldados, y ocho regimientos de infantería, con 264 oficiales y 7 232 hombres de tropa.

Diecisiete dólares mensuales es el sueldo de un sargento de ordenanza; de nueve el de un cabo; de ocho, el de un soldado.

Además, el Congreso, advertido ya por Scott de los peligros que existen para una nación desarmada, autoriza al presidente para organizar, en caso de una guerra, 50 000 voluntarios con un gasto hasta de 10 millones de dólares.

El número “total de tropas en servicio [en los Estados Unidos] en diferentes ocasiones de 1835 a 1842, fue de sesenta mil seiscientos noventa y un hombres”, y la suma empleada por el gobierno norteamericano en el mantenimiento de las fuerzas de mar y tierra en ese mismo periodo ascendió a 115 millones de dólares.

Sin embargo, hecha la paz en los territorios amenazados por los indios rebeldes, volvió el Congreso a tratar de los negocios del ejército, y resolvió reducir los efectivos militares a 8 613 hombres entre jefes y oficiales. Al tomarse este acuerdo, en 1842, lejos parecía el gobierno de los Estados Unidos de una guerra con México, no obstante que continuaban incubándose los proyectos belicosos.

## VI. LOS AGRESORES

Texas no es el suelo en cuya posesión duda el gobierno de los Estados Unidos, puesto que en él se han fincado hombres e intereses que por su origen e índole pertenecen a una misma y grande patria.

Existe, en cambio, un maravilloso territorio que capea las aguas del Pacífico, que es ruta al Oriente, que es original puesto para el dominio de los mares, que celoso guarda innumerables riquezas, que nutre las más finas ambiciones: es la Alta California. Andrew Jackson le ha llamado “parte del Destino de la grandeza norteamericana”.

México no ignora los peligros que amenazan a su California, y temeroso el gobierno nacional de que se repitan en ese solar los infames sucesos de Texas, bien pone impedimentos, y bien vigila a los colonos y empresarios norteamericanos. Sin embargo, los traficantes de pieles que se han introducido, ya con permisos, ya subrepticamente, en el suelo californiano, y los pescadores de ballenas que operan desde el puerto de San Francisco, no contentos con los privilegios de que gozan y seducidos por los

bienes que ofrecen tierras y aguas, despiertan los apetitos de los conquistadores, y el general Jackson, en 1835, intenta iniciar negociaciones con el Estado mexicano a fin de adquirir la región norte de la Alta California, incluyendo en sus proyectos de compra al puerto de San Francisco, virginal bahía de un púber nacionalismo.

Corto es el número de habitantes de aquella porción de la patria mexicana. En su mayoría son originarios de Sinaloa y, aunque denodados esfuerzos hacen para engrandecer a la Alta California, por el aislamiento en que viven y por la poquedad de sus recursos, no florecen sus trabajos.

Por el camino que toman los negocios de Texas, Jackson reprime sus ímpetus expansionistas, esperando vencer, además, con el tiempo, uno de los principales obstáculos para llevar a cabo una empresa tan arriesgada como la que se propone en California: la distancia. Jackson no es de los hombres que se dejan arrebatar por el placer del triunfo, puesto que sabe cuánto sirve la virtud de esperar en negocios de ese tamaño.

Viene a ser completamente de la idea sobre la ventaja que lleva la paciencia y la confianza a lo tumultuario, e irreflexivo, la actividad antimexicana que, a guisa de primera partida en la contabilidad de una acción separatista, inicia en California Johann A. Sutter. Éste, diciéndose perseguido por los norteamericanos, entra al territorio californiano, y las autoridades mexicanas, creyendo encontrar un aliado en el aventurero, le conceden tierras y amparo en el valle de Sacramento. Mas apenas establecido, Sutter se crece, y desobedeciendo a quienes le dieron albergue, instiga a 105 extranjeros colonos a la rebelión contra México, a consecuencia de lo cual el gobernador de California ordena la aprehensión de un centenar de norteamericanos e ingleses y envía a muchos de aquéllos presos al puerto de San Blas.

Llega en seguida de estos acontecimientos, a la par de la aparente sumisión de Sutter, el sosiego de los colonos extranjeros.



Sin embargo, a poco andar, el presidente Tyler alienta sigilosamente empresas de inmigrantes que en silencio van transponiéndose a California, en tanto que el ministro de los Estados Unidos en México, Waddy Thompson, indica a su gobierno la necesidad de establecer un consulado en Monterrey (California), así como de abrir negociaciones formales con el de México para la compra de aquel suelo, y al efecto, con marcado entusiasmo, Thompson escribe a Webster:

*California está destinada a ser el granero del Pacífico. Es un país en el cual la esclavitud no es necesaria. [...] Francia e Inglaterra han puesto los ojos en ese suelo [...] [Inglaterra] tiene ya la posesión de las islas Sándwich, de las islas de la Sociedad, de Nueva Zelanda [...] y no tardará en poseer el monopolio del comercio en el Pacífico, con lo cual la bandera americana no flotará en esas costas [...] Desearía yo ser el instrumento para asegurarnos de California.*

Webster, impelido por los fuertes vientos que sopla Thompson, y con la aprobación del presidente de los Estados Unidos, envía instrucciones al ministro norteamericano para que ponga en marcha su proyecto, al mismo tiempo que el propio Webster sondea la opinión del gobierno británico sobre la materia y, como la encuentra favorable a sus planes, insinúa la conveniencia de un arreglo tripartita entre México, los Estados Unidos y Gran Bretaña a fin de que la patria mexicana ceda el territorio de California a la República del norte, “mediante el pago de una suma destinada a cubrir las reclamaciones de los ciudadanos americanos e ingleses en México”.

De todo esto, y porque la diplomacia de los Estados Unidos anda todavía en pañales, recibe noticias el ministro de Relaciones, José María Bocanegra, quien, temeroso de que tras de esos cascabeleos se intente una invasión armada a las playas californianas, envía pormenorizadas instrucciones al gobernador de la Alta California que, al parecer, nunca llegaron a su destino.

En efecto, si no órdenes, sí se hacían preparativos para esa maniobra, puesto que el comodoro Thomas A. Jones, jefe de una

escuadrilla de la marina de guerra de los Estados Unidos, al recibir en Callao (Perú) noticias ambiguas del cónsul norteamericano en Mazatlán sobre una supuesta suspensión de relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos, sin tardanza puso la proa de sus barcos hacia California, e inesperadamente cayó y se apoderó de Monterrey, aunque luego, informado por el cónsul Thomas A. Larkin sobre la falsedad del informe, evacuó la población, no sin haber cometido algunos disparates que calla Bancroft en la reseña que hace de este episodio.

Esos acontecimientos no hicieron sino provocar indignación en el país, y a los mismos atribuyó Thompson que el gobierno de México se rehusara a seguir tratando sobre el negocio de California, no sin asegurar el ministro que el general Santa Anna se mostraba inquieto ante el peligro de que los ingleses se apoderaran del suelo californiano. En sus pláticas con Santa Anna a propósito del asunto de California, Thompson —así lo revelan sus notas al gobierno de Washington— se dejaba arrastrar fácilmente por las sagaces preguntas del general mexicano, quien de esa manera notoriamente exprimía al diplomático para estar sin atraso en las intenciones del gobierno de los Estados Unidos.

Debido, pues, a las apreciaciones de Thompson, los directores de la política de la República del norte dejaron correr los días sin insistir sobre este negocio, pero en abril de 1844 Calhoun recibió una carta privada de Benjamin Green, representante diplomático de los Estados Unidos en México, en la que éste le decía tener informes de “que California está en el punto de seguir el ejemplo de Texas, declarándose por la independencia”, y que Sutter acaudillaba el movimiento para cuya realización sólo estaba en espera del refuerzo de nuevos colonos. Y

*no es California [afirma Green] la única porción de territorio mexicano en peligro. Sonora ha sido por dos años teatro de la guerra civil, y probablemente se unirá al movimiento de California [...] Nuevo México está al borde de una revolución desde que el comercio de Santa Fe quedó cerrado, y hay*

*razones para creer que Tamaulipas [...] se arrojará en los brazos de Texas.*

Tal es la vastedad que tenía la conspiración contra la patria mexicana.

No era ajeno, por supuesto, el gobierno de los Estados Unidos a la llamada *independencia* de California.

Jackson tuvo razón en la política de esperar, porque aparte de que Sutter continuaba sembrando la discordia, con mucha paciencia se seguían los trabajos para la ocupación de aquellas tierras. Ninguna otra tarea se había encomendado al capitán John C. Fremont, gran amigo de Joel Poinsett, quien con el pretexto del “desarrollo de las comunicaciones con Oregon” conducía colonos al norte de la Alta California.

Tampoco era extraño a los planes para la ocupación del territorio californiano el cónsul Larkin, a quien, por conducto del teniente A. H. Gillespie, llegaban de Washington estas instrucciones:

*El futuro destino de ese país es motivo de ansiedad para el gobierno y pueblo de los Estados Unidos [...] No podemos tomar parte en el pleito entre México y California a menos que aquél no comience las hostilidades contra los Estados Unidos; pero si California se resuelve a declarar y sostener su independencia nosotros le daremos toda la ayuda necesaria en calidad de república hermana. Este Gobierno [...] no desea extender su sistema federal sobre más territorio del que actualmente posee a menos de que demanden lo contrario, libre y espontáneamente, los pueblos independientes de los territorios colindantes.*

El teniente Gillespie es portador de otras instrucciones dirigidas al capitán Fremont. Éste, al frente de una nueva expedición con visos de comercial y científica, debe cruzar la Sierra Nevada y llegar hasta el valle de Sacramento, en donde se encuentra Sutter.

Entretanto, y aceptada la anexión de Texas, el gobierno de los Estados Unidos ordena que, con poco más de 3 000 soldados, el general Zachary Taylor se establezca en Corpus Christi y, poco después, el secretario de Guerra dice a Taylor que si México declara la guerra o comienza las hostilidades haciendo que sus fuerzas militares crucen las aguas del río Bravo, sin pérdida de tiempo debe dirigirse a los gobernadores de Texas, Luisiana, Alabama, Misisipi, Tennessee y Kentucky, solicitándoles el número de voluntarios que crea necesarios; y en seguida, el mismo miembro del gabinete del gobierno norteamericano escribe a los gobernadores de esos estados, advirtiéndoles que Taylor es el jefe del “ejército de ocupación” y, por tanto, está autorizado para pedir tropas.

Días más tarde, las instrucciones a Taylor toman otro carácter.

*En caso de guerra [dice el gobierno de Washington a Taylor], bien que sea declarada o bien manifiesta por actos hostiles, su objetivo principal ha de ser la protección de Texas; pero persiguiendo este objeto, no es necesario que constriña su acción dentro del territorio de Texas. Habiendo México comenzado las hostilidades [...] usted debe tener las suficientes fuerzas, y en condiciones perfectas, para que puedan cruzar el Río Grande, dispersar y capturar a las fuerzas [mexicanas] reunidas para invadir a Texas [...] y, si le es posible, tomar posesión de Matamoros de cualesquiera otros lugares en el país.*

Las órdenes a Taylor, pues, “no solamente admitían la posibilidad de una invasión [a México] [...] sino también iban encaminadas a preparar una guerra de agresión”.

A esta siempre injustificada actitud del presidente Polk se agrega el hecho de que, con tales disposiciones, el jefe de Estado norteamericano violaba los preceptos de la Constitución de su país, que prohibía el empleo de las milicias, como las que se hallaban bajo el mando del general Taylor, en una guerra extranjera.

Taylor, como buen patriota y soldado, obedece y cumple, y con mucha agilidad organiza e instruye a sus soldados; y en octubre de 1845 escribe a su gobierno, y le indica que si los Estados Unidos consideran el río Bravo como límite entre las dos naciones, cree conveniente tomar posesión de dos o tres puntos sobre la margen oriental del río, lo cual merece la aprobación del secretario de Guerra.

Y, mientras que Taylor se dispone a ejecutar este movimiento, el general Winfield Scott, quien se prepara a ejercer la comandancia de todas las fuerzas militares norteamericanas en las operaciones proyectadas sobre México, desconfiando siempre de los voluntarios, se dirige a su gobierno para advertirle acerca de la necesidad de que el ejército regular sea aumentado a 15 800 hombres.

Taylor, sin esperar la resolución del Congreso y con las tropas que tiene, avanza cauteloso hacia el río Bravo. Deja una base para sus abastecimientos en Punta Isabel y el 28 de marzo se encuentra frente a las fuerzas mexicanas; en seguida escribe a su gobierno: “La actitud de los mexicanos es francamente hostil. Una conferencia, efectuada por orden mía, con las autoridades militares de Matamoros, no ha tenido resultados satisfactorios [...] Las milicias de Texas están tan lejos de la frontera [...] que no podemos depender de su ayuda”.

Constituyen las fuerzas de Taylor un cuerpo de dragones, cuatro de artillería y cinco de infantería, con un total de 209 oficiales y 2 839 soldados. Cuatro de cada cinco oficiales han salido de la academia militar o han participado en la guerra de Florida. Muy “elevada es la moral así como la disciplina de sus tropas, instruidas durante seis meses” en Corpus Christi.

Es jefe de las fuerzas mexicanas en la línea del Bravo el general Mariano Arista, hombre de un mayor número de impulsos que de reflexiones y quien asienta el poder de su ejército más en la cantidad que en la calidad de sus soldados, puesto que si a éstos no les falta la vehemencia, en cambio, una gran parte es de bisoños en el arte de la guerra. Además, los batallones de México,

Puebla y Morelia llegan en marchas forzadas a la orilla del Bravo, unos cuantos días antes del primer encuentro con el enemigo extranjero.

Suman las fuerzas de Arista 5 200 hombres con 26 piezas de artillería de campaña. Se incluye en ese número a las compañías presidiales y a la guardia nacional de Matamoros, que apenas han empezado a recibir instrucción militar.

Con rara habilidad y deseo del combate, conociendo la inferioridad de las armas y de los abastecimientos del ejército mexicano, el general Taylor incita a Arista a la pelea. Tres cosas busca anhelosamente el general norteamericano: primera, llevar a Arista a un terreno elegido de antemano; segunda, evitar que las tropas de México se organicen o reciban refuerzos, y, por último, hacer que las hostilidades partan de los mexicanos. Todo este plan de Taylor se desarrolla a la perfección.

Arista, por aparecer osado y dueño del ardimiento patriótico, se dejará seducir. No mide, así, ni las posiciones ni el poder del armamento del enemigo, ni sopesa el peligro de dejar a su espalda las aguas del Bravo. Hace un plan excesivamente teórico y ordena el general Torrejón que cruce el río, lo cual produce, el 25 de abril, una escaramuza con el enemigo, al que Torrejón envuelve y destroza fácilmente.

Este episodio alienta a Arista, quien dispone el avance del grueso de sus tropas, pero como no han sido preparadas las embarcaciones para esta operación, el movimiento a través del río es lento y peligroso. Taylor, al darse cuenta de los proyectos de Arista, encaminado a apoderarse de Punta Isabel, en donde los norteamericanos tienen sus abastecimientos, abandona el fuerte Brown, que ha improvisado confiado en la tardanza de los mexicanos para cruzar el Bravo, y se dirige a Punta Isabel, y luego de poner a salvo sus trenes, contramarcha en dirección al fuerte Brown. Arista, entretanto, tiende su línea de combate en el llano de Palo Alto, al mismo tiempo que despacha al general Pedro Ampudia a atacar el fuerte defendido por un cuerpo de infantes y dos baterías.

Mal sitio ha elegido Arista para el combate. Lejanos están los depósitos de agua y una parte del terreno está cubierto con pantanos, por lo cual resultarán inútiles los movimientos de la caballería mexicana.

Con el apetito de triunfo y prevenido de los peligros que para las fuerzas mexicanas encierra el lugar en donde las ha situado Arista, el general Taylor lanza a la pelea a sus soldados a las dos de la mañana del 8 de mayo. Se combate en medio de la oscuridad, y si poca es la acción de los artilleros mexicanos, nula es la de los jinetes de Torrejón, que, llegados a última hora, ignoran las amenazas del fango.

Empiezan a flaquear los mexicanos. El fuego de la artillería de Taylor hace grandes estragos. Ampudia, cuando está a punto de capturar el fuerte Brown, recibe noticias de la situación de Arista y abandona el ataque para ir en auxilio del amenazado. Mas llega tarde, porque el ejército de México ya está perdido.

Arista se retira hacia la Resaca de Guerrero, en donde por los accidentes del piso parece ser inmejorable posición. Sin embargo, como el cansancio físico domina a sus soldados, y confiado en que Taylor no lo ha perseguido, Arista ordena acampar sin precaución alguna.

Pero Taylor, a poco de recibir informes del descuido en que se encuentran las tropas mexicanas, dispone el avance hacia el puesto del contrario. Marcha al frente de 2 200 hombres y, antes de que lleguen las sombras de la noche del 9 de mayo, carga con furor sobre el desorganizado Arista. Cruenta es la lucha, porque los norteamericanos, en donde no hacen uso de su artillería, emplean las bayonetas y los sables.

Intentan los mexicanos cruzar el Bravo y muchos mueren ahogados en las aguas del río. Todo se vuelve dispersión y desasosiego. Arista, por su impetuosidad, aunque sin poner en duda su valor y patriotismo, marchitó una página de la historia militar de México.

El descalabro sufrido por los mexicanos descubre cuán débiles son sus armas y qué tan pobre su intendencia. Cuando Arista se reúne con sus generales, después de la desdichada acción, para discutir qué hacer, no hay ni bestias para tirar de las piezas de artillería, ni médicos ni medicinas para atender a los heridos, ni dinero para pagar a los soldados, ni víveres para los hombres que han de adelantarse hacia Monterrey. A duras penas Arista ha obtenido 5 000 pesos antes del encuentro con el enemigo; pero el 17 de mayo (1846), nueve días después de lo sucedido en Palo Alto y cuando la junta de guerra ordena el abandono de Matamoros, sólo hay deudas.

Arista emprende la marcha hacia Linares. Muchos son los padecimientos de las tropas. Más de 1 000 personas entre mujeres, niños y ancianos, acompañan a los soldados. Las pocas rancherías que encuentran al paso están abandonadas. Difícil es adquirir una res. Se sufre por el hambre y la sed. Numerosos son los soldados que van perdiéndose en el camino. Unos caen muertos; otros desertan. Conducen en carretas, gravemente enfermos, a los generales García y Torrejón, y aquél fallece al llegar a Linares.

Todos Santos es un pequeño oasis al que entra la columna militar siete días después de la salida de Matamoros. El general Morlet, seguido de sus ayudantes, con sus inquebrantables esperanzas, “alienta a todos” y da orden a dos brigadas. La marcha se sigue sobre tierras más hospitalarias. Las haciendas brindan alojamientos y víveres. En la de Guadalupe, el general en jefe pasa revista: le quedan poco más de 2 500 soldados.

El 28 de mayo desfilan aquellos hombres, mal armados y desnutridos, por las calles de Linares, y no ha transcurrido una semana cuando el general Arista es destituido del mando, que ha de entregar al general Francisco

Mejía. Se culpaba a Arista del desastre en Palo Alto y Resaca, y si es cierto que un general carga siempre con el estigma de sus derrotas, otra, y muy grave, era la culpa que pesaba sobre Arista:



la de haber proporcionado al gobierno de los Estados Unidos el argumento de una agresión mexicana para emprender una guerra de país ofendido. Pero, si los acontecimientos en la zona del Bravo sirvieron para que el Congreso norteamericano fundara, en nombre de una nación agraviada, la declaración de guerra a México, la República Mexicana antes de esos sucesos no sólo había visto atacada su independencia con el atentatorio bloqueo de sus puertos, sino también ultrajados sus derechos territoriales, porque no otro fin tuvo la expedición del capitán John C. Fremont a la Alta California, ni otro objeto, que el mandarle ocupar el suelo californiano, instrucciones que el gobierno de Washington envió al comodoro John D. Sloat a Mazatlán por conducto del teniente Gillespie.

Fremont se movía bajo las órdenes de su suegro, el senador Thomas Benton, intrigante sujeto, de mucho poderío político en los Estados Unidos y siempre en su papel de consejero áulico. El 15 de enero de 1846 Fremont llegó acompañado de 61 hombres *selectos* al valle de Sacramento, en donde se encontraba Sutter.

Era gobernador de California Pío Pico, hombre débil pero de mucha popularidad, en tanto que la comandancia militar la ocupaba el general Juan Castro, jefe valiente a la par que ambicioso y adicto al general Santa Anna. Residía Pico en Los Ángeles; Castro, en Monterrey.

Apenas instalado en el valle de Sacramento, Fremont se traslada a Monterrey, y en compañía del cónsul Larkin, visita a Castro, a quien le explica —así informa Castro al gobierno nacional— que el propósito de su viaje a California es de carácter científico, y a continuación pide permiso al comandante militar para establecerse, “mientras da forma a su plan de trabajo”, en las cercanías de la misión de San Juan Bautista. Sin embargo, no han transcurrido tres semanas cuando Castro sospecha que otra es la misión de Fremont. Éste, en efecto, ha comenzado a proveerse de cabalgaduras, al paso que sus hombres cometen pilladas. Le llama al orden el general Castro, a lo cual responde Fremont, ya en tono de desafío y conquista, enarbolando la bandera de los Estados Unidos en su campamento, en la creencia

de que su actitud rebelde ha de tener el apoyo de los colonos extranjeros.

Ante el alarde de Fremont, el general Castro reúne soldados y voluntarios en número de 200 y marcha sobre el aventurero, quien acobardado y al amparo de las sombras de la noche abandona su posición y huye hacia el norte de California. Castro, no obstante sus limitados recursos militares, le persigue hasta obligarlo a internarse en Oregón.

Entretanto, desembarca en Monterrey el teniente Gillespie, portador de “pliegos secretos” para Fremont, pero al enterarse del fracaso de éste, sale al norte en busca del prófugo, y luego de encontrarlo y entregarle las órdenes del gobierno de Washington, lo hace regresar al territorio californiano ya en trotes de guerra, con la seguridad de que en esta nueva expedición ha de tener el auxilio de los marinos del comodoro Sloat.

Pero como Fremont no se atreve a combatir con las fuerzas mexicanas, se establece en un lugar alejado del dominio del general Castro y empieza a conspirar. Incita, al efecto, a los colonos norteamericanos a la rebelión, alentándolos a constituir la República de California, y luego de proporcionarles armas, hace que se posesionen, mediante un golpe de audacia, del pueblo de Sonoma, en donde los rebeldes proclaman la independencia californiana.

Sin embargo, corta y ridícula es la vida de la llamada *república*; porque faltando valor a los revoltosos y decisión a Fremont, aquéllos, al tener noticias de que los mexicanos salen a combatirlos, abandonan Sonoma y se refugian, junto con Fremont, en las selvas.

Aunque la noticia de que el gobierno de los Estados Unidos ha declarado la guerra a México no llega a las costas del Pacífico sino hasta mediados de agosto de 1846, el comodoro Sloat, ya en posesión de las instrucciones de su gobierno, que meses antes le ha entregado en Mazatlán el teniente Gillespie, abandona la vigilancia de las playas sinaloenses y se dirige con los barcos de

su escuadra hacia las de California. Se sorprende Sloat al llegar frente al suelo californiano de que allí reine la paz, puesto que esperaba recibir, luego de su arribo, informes de los progresos de Fremont. Así y todo, y sabiendo que la plaza de Monterrey está desguarnecida, porque el general Castro ha salido en busca de las huellas de Fremont, Sloat ordena el desembarco de sus hombres, y el 7 de julio de 1846 enarbola el pabellón de las barras y las estrellas en territorio mexicano y declara que California es parte de los Estados Unidos.

Ocupa a continuación el comodoro Sloat, sin necesidad de combatir —porque Castro hace todo género de esfuerzos para reunir un ejército en Los Ángeles— el puerto de San Francisco, el fuerte Sutter y los pueblos de Santa Cruz y San José, y a continuación entrega el mando al comodoro Robert F. Stockton, quien empieza expidiendo una disparatada proclama llamando *usurpador* al general Castro.

Con muchas dificultades y penurias, Castro y Pico han armado y montado 200 hombres en Los Ángeles, pero el 11 de agosto Stockton desembarca con 500 soldados en San Pedro y avanza sobre la capital del departamento, que es evacuada por los mexicanos.

Los patriotas, sin embargo, no abandonan la esperanza de recuperar el suelo perdido. Las tropelías de Gillespie, nombrado comandante norteamericano de Los Ángeles, así como el entusiasmo que provoca la llegada a California del nuevo comandante militar, general José María Flores, son instrumentos favorables para una sublevación de los mexicanos, que con mucha entereza vuelven a posesionarse de Los Ángeles y, con esto, de todo el sur de California.

Mientras Stockton pide a su gobierno hombres y armas para continuar la guerra en la zona dominada por los patriotas, el general Stephen W. Kearney cruza las aguas del río Colorado para ir en auxilio de Fremont.

Kearney salió del fuerte Leavenworth en los primeros días de junio de 1846 al frente de una división de 1 600 hombres, magníficamente equipada, y con órdenes de ocupar el territorio de Nuevo México.

Kearney encontró abandonada militarmente esa región mexicana, por lo que procedió a hacerla parte del dominio de los Estados Unidos sin tropiezo alguno, aunque lejos de creer que con sus disposiciones, no siempre de razón puesto que iban con la vehemencia del triunfador, provocaría, a poco andar, la rebelión de los patriotas sojuzgados.

Dueño, pues, de Nuevo México, el general Kearney deja establecidas las autoridades civiles y militares y prosigue su viaje a California, encontrando en el camino a Gillespie, a quien enviaba el comodoro Stockton para que le guiase a San Diego. Engolosinado por la fácil ocupación de Nuevo

96 LOS AGRESORES México y confiando en sus buenas armas, marcha Kearney sobre el suelo californiano cuando al paso le salen los mexicanos que traen como jefe al general Andrés Pico. Éstos no portan otros instrumentos ofensivos que lanzas, pero encendidos por el patriotismo se arrojan, audazmente, sobre la columna de Kearney y es tal su fiereza que ponen en fuga a los norteamericanos y, persiguiéndolos, han de causarle una derrota. Kearney mismo, y Gillespie también, resultan heridos en el ataque de aquellos esforzados mexicanos.

Nuevos alientos, con este triunfo, cobran los patriotas; pero las fuerzas de que dispone Stockton son superiores y con ellas avanza nuevamente sobre Los Ángeles, plaza de la cual se posesiona el 10 de enero de 1847, después de un combate con los mexicanos.

Si la primera batalla entre los soldados de México y los Estados Unidos ocurrió en la madrugada del 8 de mayo de 1846 en la zona del río Bravo y a consecuencia de los inconducentes ímpetus guerreros del general Mariano Arista, en cambio, la agresión a los derechos territoriales de la República Mexicana tuvo lugar en

California, empezando con las tenebrosas correrías del capitán John C. Fremont, y siguiendo con la alevosa invasión de las fuerzas militares del comodoro John D. Sloat.

## VII. LAS BATALLAS

Cuatro meses transcurrieron sin que los soldados de México y los Estados Unidos se viesan las caras, después de los acaecimientos en Palo Alto y Resaca.

El general Gaines, al tener noticias del primer encuentro con los mexicanos, se apresuró a enviar al general Taylor 8 000 hombres de refuerzo, al paso que el Congreso norteamericano autorizó el reclutamiento de 50 000 voluntarios y 10 millones de dólares para los gastos de la guerra, fijando a continuación el pago de 12 dólares a todo individuo que sentara plaza de soldado, y un donativo de 160 acres de tierra o 100 dólares en bonos del Tesoro, a quien se retirara del ejército después de haberle servido un año.

Con los reclutas enviados por Gaines y los alistados en varios estados, el ejército del general Taylor creció a más de 12 000 soldados. Mas precavido como era, el comandante de las fuerzas de los Estados Unidos dejó que amainara la temporada de lluvias para proseguir sus operaciones, organizando entretanto nuevos cuerpos de caballería y artillería pero sin perder el hilo de los movimientos de los mexicanos, para lo cual contaba con un eficaz servicio de información extendido hasta el vientre de Monterrey.

Ninguna resistencia encontró el general Taylor para ocupar las plazas de Camargo y Reynosa, en donde estableció fuentes de abastecimiento, encaminando así sus planes para atacar la capital de Nuevo León. Notorios eran así el desgano como la ignorancia del general Francisco Mejía en las disposiciones para las obras de defensa de la amenazada plaza. Grande, en cambio, el impulso que tomaron bajo la dirección del general Pedro Ampudia, nombrado por el gobierno nacional para remplazar a Mejía.

Ampudia —natural de Cuba—, aunque con mucho de amañado y vano, era diligente y atrevido, y sustituía su falta de conocimiento de la táctica militar con su inflamable activismo. No llevaba la contabilidad de sus arbitrios, tampoco la del enemigo. Por esto, al tener noticias de la cercanía de los norteamericanos quiso tomar la ofensiva saliendo a combatir a pecho descubierto, y se hicieron necesarios numerosos esfuerzos de sus oficiales para disuadirlo de ese plan.

La vanguardia del ejército de los Estados Unidos está a la puerta de Monterrey el 13 de septiembre. A la zaga vienen tres divisiones: la de Worth, la de Twiggs y la de Butler, con 6 000 hombres. Más atrás queda igual número de voluntarios, que forman la reserva de Taylor. Los mexicanos acantonados en Marín se retiran a Monterrey, no obstante que, como le advirtiera el capitán Luis Robles al general Ampudia, Marín constituía el punto fortificable más conveniente para resistir al general Taylor con grandes probabilidades de triunfo.

Caminan despacio las columnas del enemigo, puesto que el general en jefe sabe que la fatiga de sus soldados es más peligrosa a la hora del combate que las balas de los mexicanos.

Taylor no es de los que atosiga a sus hombres. Si cae la lluvia o llega la noche, ordena al alto, y a poco, todos están bajo el techo de las tiendas de campaña, en tanto que los trenes de abastecimiento y las ambulancias se apresuran a cumplir con sus servicios.

Visten los extranjeros, a excepción de los texanos, el uniforme azul de campaña del ejército de los Estados Unidos, y presentan magníficos conjuntos de los que dejó imperecederas láminas Carl Nebel (el mismo que enseñó al mundo, en admirables litografías, los tipos mexicanos del primer tercio del siglo XIX). Traen víveres para 10 días y 40 cartuchos por plaza, mientras que el jefe de los abastecimientos recorre rancherías y pueblos comprando, a precios de oro, forrajes, bestias y alimentos, por lo cual los extranjeros leen con desdén la invitación que les hace el general

Ampudia para que deserten y se dediquen a colonizar las tierras mexicanas que les ofrece.

Son tan lentos los movimientos de Taylor que no es sino hasta el sexto día de que su vanguardia llega a la vista de los defensores de Monterrey, cuando hace acampar a sus soldados en el bosque de Santo Domingo, a cuatro kilómetros de la amagada ciudad. Y allí todavía les concede un día de descanso, en tanto que él, el general en jefe, seguido de sus principales subalternos, de sus ingenieros y de su escolta, recorre el que va a ser campo de batalla, para luego situarse a un kilómetro de la ciudadela, lugar que abandona a los primeros disparos que le hacen los mexicanos.

Éstos, en número de 7 000, esperan el momento del ataque. Poco menos de la mitad pertenece al ejército regular de la República; los más han sido reclutados violentamente en Guanajuato, Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí y Nuevo León. Tienen 22 cartuchos por plaza, víveres para cinco días y 42 cañones viejos y de corto alcance, pero tanta es la escasez de metralla que Ampudia ordena la limitación de los tiros.

Hombre de pulso, aunque sin organización, el general Ampudia en la proximidad del combate da órdenes y contraórdenes. Exceptuando el punto llamado ciudadela, establecido en la nueva catedral, las otras fortificaciones son endebles, y siempre con la tentación de probar fortuna fuera de sus líneas, y seguro del patriotismo y ardimiento de sus soldados, que incesantemente piden salir a batir al enemigo, Ampudia descuida las alturas. Además, la línea de los atrincheramientos es tan reducida que por sí sola inhabilita los movimientos de la caballería.

Con el propósito de cortarlo, la división de Worth avanza, por fin, la tarde del día 20 hacia el camino de Saltillo, y al descubrir este movimiento, ordena Ampudia que una columna de caballería trate de impedirlo. Taylor, para distraer la atención de los defensores de la plaza, carga las divisiones de Butler y Twiggs sobre el norte de la ciudad, al mismo tiempo que auxilia a Worth

con un cuerpo de dragones y otro de texanos. Al frente de éstos va el gobernador de Texas, Henderson.

Se da cuenta el general Ampudia, tras del primer ataque de los extranjeros, de la importancia que en la defensa de Monterrey puede tener el fortín de Tenería, cuya demolición había ordenado, por lo que manda al ingeniero Luis Robles a reconstruirlo, y como todo se hace de noche y de prisa, los parapetos quedan sin concluir y el foso sin “la anchura ni profundidad necesarias”. Luego, establece en el reducto una guarnición de 200 hombres. No se ha ocupado, en cambio, el general Ampudia en proporcionar más fuerza a las posiciones en el cerro del Obispado, que es punto dominante sobre la plaza.

Truenan, desde las primeras horas del 21, los cañones de un lado y del otro. Hacia el camino de Saltillo da una brillante carga la caballería de Guanajuato y, aunque a última hora intentan auxiliarla los lanceros de Jalisco a las órdenes del general Teófilo Romero, la superioridad numérica de los jinetes de Worth hace retroceder a los mexicanos, y con esto, los extranjeros quedan dueños del campo, en seguida de las lomas desde las que pueden dominar el fuerte del Obispado y, por fin, el reducto de la Federación.

Entretanto, y descubriendo que el propósito del enemigo es asaltar los parapetos de Tenería, Ampudia ordena al general Rafael Vázquez salir de la plaza con 600 jinetes para amenazar la espalda de los atacantes. Mas es tanta la precipitación con la que se lleva a cabo esta maniobra, que Vázquez deja en la ciudad las cajas de los cuerpos y los equipos de jefes y oficiales, aparte de que sus hombres sólo van armados de lanzas y sables.

Los soldados de Twiggs avanzan sobre el reducto de Tenería, que primero manda el general Mejía y después el coronel José María Carrasco, y creen envolver fácilmente a los mexicanos, pero ignorando la existencia de parapetos casi invisibles, caen en una trampa y pierden muchos hombres.



Efectúan dos feroces asaltos con funestos resultados. Cargan sobre ellos los lanceros de México y, desbandados, retroceden. Ante tal audacia y bravura, Taylor envía más tropas en auxilio de los atacantes y él mismo se presenta en el campo de la acción. Luego, dispone que la artillería de grueso calibre abra el fuego sobre el reducto mexicano, que continúa defendiéndose no obstante que a los patriotas se les han agotado las municiones. El enemigo está indeciso, ha sufrido fuertes bajas y ha caído su moral. Taylor ordena la retirada, pero en esos minutos, dos compañías de soldados norteamericanos, acosadas por las metralas de la ciudadela, buscando refugio, penetran por casualidad en un cobertizo que era la entrada del baluarte. Los mexicanos quedan entre dos líneas enemigas y, como ya no tienen municiones, optan por evacuar la posición, aunque todavía quedan cinco valientes, que al fin se rinden.

Worth tenía puesta la mirada hacia la loma del Obispado, defendida por 200 hombres y, mediante una rápida y valiente operación, se hizo del punto. Los norteamericanos quedaron dueños de las alturas y con la ocupación de la Tenería, de hecho, terminaron dentro de la ciudad.

Ampudia, ante esos acontecimientos, ordenó que sus tropas fuesen concentradas, reduciendo así la superficie defendida. El combate, pues, siguió en las calles y en las casas. Los norteamericanos perforaban muros y avanzaban. Escasas eran las municiones de los patriotas. El enemigo se había apoderado de los abastecimientos de boca reunidos por Ampudia. Éste intentó varias cargas de caballería, que sólo se prestaron al blanco de los extranjeros, por lo cual, y sintiéndose perdido, envió un parlamentario al general Taylor, quien en respuesta pidió que los mexicanos hicieran un juramento de no volver a tomar las armas contra el ejército de los Estados Unidos, a lo cual contestó Ampudia, indignado, que ni él ni sus soldados estaban dispuestos a aceptar una deshonrosa capitulación. Mas debido a la mediación del general Worth, Taylor minoró sus exigencias, y el 24 de septiembre se firmó un convenio conforme al cual los mexicanos se retiraban de la plaza llevando los “oficiales sus espadas, la infantería sus armas y equipos, y la artillería una

batería de campaña” que no excediera de seis piezas con 24 tiros cada una.

Se concertó también en el acta de capitulación un armisticio de siete semanas, durante las cuales el ejército norteamericano se comprometía a no traspasar una línea que, partiendo de Matamoros y siguiendo a Linares y Ciudad Victoria, terminase en Monterrey, con la “esperanza de que con esa suspensión de hostilidades” se pudiese hacer “un arreglo de paz honroso para las dos naciones”.

Con mucha dignidad salieron los mexicanos de la capital de Nuevo León, que otra hubiese sido su suerte si Ampudia, con un poco de talento militar, hubiera elegido otro sitio, y no su casco, para defenderla.

Entretanto llega a su término el armisticio firmado entre los combatientes en el norte de la República, y el comodoro S. Conner opera con su escuadra, hábil —y piráticamente también— sobre los puertos mexicanos del Golfo.

Con cuatro fragatas y ocho buques menores se presenta el comodoro frente a la barra de Alvarado, con intenciones de llevar a cabo un desembarco el 16 de octubre de 1846. La plaza está defendida por los patriotas de Acayucan, Tlacotalpan, Cosamaloapan y Alvarado.

Empieza el comodoro bombardeando los atrincheramientos mexicanos y, en seguida, envía numerosas lanchas para forzar el paso de la barra. Por ser de poco alcance, los cañones de los mexicanos no causan daño alguno al enemigo, pero conforme los barcos norteamericanos se acercan a las baterías de los patriotas empiezan a sufrir perjuicios, principalmente el buque insignia.

Conner no persevera, y como ve la inutilidad de los proyectiles que lanzan sus embarcaciones, suspende sus fuegos, y con averías en su propia nave abandona la empresa.

Menos desafortunada es la expedición que manda a las playas de Tabasco bajo las órdenes del comodoro Perry. Éste cae inesperadamente sobre el puerto de Frontera el 23 de octubre y se apodera de la población y de dos buques mercantes; al siguiente día sigue por las aguas del Grijalva y llega a San Juan Bautista (Villahermosa), “intimando rendición a la ciudad”; pero, como los patriotas tabasqueños se niegan a entregarse y se disponen a la defensa, abren el fuego los barcos norteamericanos sobre la población, al paso que desembarcan los marinos extranjeros. No se arredran los mexicanos y combaten. Deja Perry que termine el día, y por la noche leva anclas, no sin llevarse un buen botín: cinco buques mercantes.

Pero si en Tabasco y Veracruz se hizo resistencia a la armada de Conner, no así en Tampico. Este puerto se encontraba preparado para la defensa, por lo cual pocos fueron los daños sufridos al ser bombardeado por Conner en el mes de junio. Lo guarnecían 4 000 soldados con 25 piezas de artillería, a las órdenes del general Anastasio Parrodi; mas el general Santa Anna, al tener noticias del plan del gobierno de los Estados Unidos de atacar la plaza simultáneamente con fuerzas de mar y tierra, ordenó a Parrodi la evacuación de Tampico por no creerle punto defendible.

Precipitada fue la maniobra. Se perdió una parte de la artillería y, faltando carros para la transportación, el equipo de las tropas mexicanas quedó diseminado, y como muchas eran las órdenes, cundió el desaliento y, con esto, la desertión de los soldados y de los defensores de Tampico, que abandonaron la plaza el 27 de octubre. Sólo pudieron reunirse en Tula, punto de concentración dispuesto por Santa Anna, 2 500 hombres, que luego marcharon a San Luis Potosí a embarnecer el ejército de operaciones sobre Saltillo.

Aunque no sin mover la salida de una columna, con el general Wool a la cabeza, de San Antonio (Texas) hacia el norte de Coahuila y con el propósito de hacerla penetrar más tarde en el estado de Chihuahua, el general Taylor permaneció en Monterrey dando composición a sus fuerzas, hasta el 5 de noviembre, que

advirtió al general Santa Anna que era terminado el armisticio, a lo cual el general mexicano repuso despectivamente.

Victorioso en tres combates, jefe de 20 000 hombres y posesionado de un centro como Monterrey, Taylor trazó un dilatado plan para proseguir la campaña militar. Sus proyectos consistían en abrir los brazos de su ejército hacia Chihuahua y Victoria, flanquear al general Santa Anna en San Luis Potosí y seguir en marcha al corazón de la República.

El general Taylor estaba lejos de pensar, mientras sobre el mapa de México iba marcando los futuros pasos de sus soldados, que el gobierno de su país había aceptado el programa militar del general Winfield Scott. Éste, nombrado ya comandante del ejército de invasión, propuso, y el gabinete de Washington aceptó, el desembarco de las fuerzas norteamericanas en Veracruz para continuar “por el camino de Cortés” a la ciudad de México, pidiendo, al efecto, 10 000 hombres para el asalto y captura del puerto, y un doble número de soldados para el ataque a la capital mexicana.

No fue, pues, sino hasta los últimos días de noviembre de 1846 cuando Taylor conoció las nuevas órdenes de su gobierno, quedándose perplejo al saber que debía poner a disposición de Scott las mejores de sus tropas y que su acción iba a quedar constreñida a defender el territorio conquistado; por todo lo cual, luego de conducir a la división de Patterson a Victoria, regresó a Monterrey, extendió su línea a Saltillo y previno al general Wool para que detuviese su avance al estado de Chihuahua y se le incorporara.

Santa Anna, por su parte, espera que termine el invierno para ir al encuentro de Taylor. Sin embargo, ha de adelantar la fecha de su marcha, tanto porque con la captura de un correo norteamericano sabe que el general Scott prepara el ataque al puerto de Veracruz, cuanto porque teme el desgrane de su ejército, ya por falta de dinero para su sostenimiento, ya por las enfermedades que muchas bajas causan día a día.

Para mantener a las fuerzas que ha organizado en San Luis, Santa Anna necesita 20 000 pesos diarios, y no obstante la requisición de 60 barras de plata, el proveedor del ejército le informa, en los primeros días de enero, que en una semana más no habrá fondos ni para el pago de las tropas ni para la compra de víveres. El general tampoco tiene esperanzas de obtener nuevos créditos, puesto que los informes que recibe del ministro de Hacienda son muy desalentadores.

Así y todo, Santa Anna no pierde la fe. Además, le anima la noticia de que las fuerzas de Taylor han sido mermadas. Prepara, pues, una acometida a los soldados extranjeros en el norte de la República, para volver, triunfante, a oponerse al paso de Scott.

El 27 de enero de 1847 Santa Anna reúne a sus generales y les hace saber su decisión. Los entusiasmos patrióticos enardecen a todos y al siguiente día expide una proclama en la que advierte a sus soldados cuántos sacrificios y cuánta sangre serán necesarios para alcanzar la libertad de México. La íntegra vehemencia de Santa Anna está puesta en ese documento.

Para ir al encuentro de Taylor los mexicanos han de trasponer alrededor de 200 kilómetros de tierras desérticas, en las que no encontrarán ni agua, ni pan, ni leña, tampoco techo para defenderse del cierzo. Dadas las órdenes para la patriótica empresa, el general en jefe revista a sus soldados, que le vitorean con calor y, como no hay dinero, Santa Anna hipoteca sus propiedades en 180 000 pesos, gracias a lo cual son pagadas las asignaciones a los hombres del ejército y es posible adquirir víveres. Cada uno de los soldados que se pone camino al norte lleva en su mochila carne, *totopo* y *piloncillo*.

Santa Anna sale de San Luis en carretela, pero al siguiente día monta a caballo. Luego intenta convencer a los cientos de mujeres que siguen a las fuerzas militares para que regresen a la capital potosina a fin de aligerar los movimientos del ejército.

Después de los primeros cinco días de marcha, trisca el viento helado con furor. Llueve 14 horas sin interrupción. Más adelante,

como no hay agua, los hombres han de pegar sus labios a los charcos que dejaron las lluvias, con lo que se origina una peste de disentería. Se riega el derrotero de enfermos; en Cedral se improvisa un hospital para 300.

Sin embargo, nadie se queja. El desierto parece interminable. En la noche no poseen los patriotas, al rendir la jornada, otro techo que el cielo. Durante el día soportan los rigores del sol y, resignadamente, la falta de agua, que, conforme avanza el ejército, escasea más y más. Al llegar las horas de la oscuridad, es el frío, el intenso frío, lo que hace sufrir a aquellos hombres.

En Encarnación, Santa Anna pasa nuevamente revista a sus tropas, que han caminado 22 días. Tiene el general en jefe bajo sus órdenes 10 000 infantes y 4 000 jinetes, porque son numerosos los hombres que quedaron en el camino, ya por las enfermedades, ya por los destacamentos establecidos en los pueblos del trayecto.

El general mexicano tiene la seguridad de que Taylor lo espera en la cuesta de Carneros, estratégico lugar en el que pueden fracasar los agresores.

Llama Santa Anna a sus generales e ingenieros a una junta de guerra, en la cual, a pesar de los peligros que ofrece el ataque a un terreno como en el que se cree atrincherados a los norteamericanos, y sin medirse y pesarse la fatiga de las tropas nacionales, ni tenerse en cuenta la escasez de los abastecimientos, se resuelven a emprender las operaciones.

Confiado más en la audacia de sus planes y en la bravura de sus hombres que en la previsión que manda el ingenio militar, el general Santa Anna firma la orden de marcha el 21 de febrero.

Reciben los patriotas raciones para tres días y se prohíben las fogatas y los toques militares. Cada soldado debe llevar consigo “todo el agua posible, procurando economizarla, pues en los puntos donde acamparán no la habrá”. Se dan “dos raciones de cebada para los caballos y mulas”, con órdenes de que en la

noche se aflojen “únicamente las cinchas a los primeros y sin quitarles guarniciones a las segundas”.

Todos los movimientos han de ser silenciosos, puesto que el general en jefe ha desechado la idea —por faltar agua y víveres para largas jornadas de la tropa— de flanquear la cuesta de Carneros, aceptando, en cambio, en la creencia de que Taylor ignora los movimientos del ejército mexicano, el plan para un asalto frontal.

Sin embargo, informado a tiempo del avance del general Santa Anna, el comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, comprendiendo que se exponía a un fracaso, no tanto al ser atacado por su frente, cuanto porque Santa Anna le puede cortar el camino a Saltillo que es su centro de abastecimiento, sagazmente abandonó sus posiciones en el puerto de Carneros, así como en los desfiladeros de Aguanueva y en los atrincheramientos de la hacienda de este nombre, y se retiró a Saltillo.

Santa Anna pernoctó el 21 en Piñones y al día siguiente, cuando todo estaba ordenado para que sus tropas forzaran los pasos de Aguanueva, descubrió que había sido burlado, desgranándose su plan de campaña y, en vez de acampar en el sitio abandonado por Taylor, lo mismo para descanso de sus tropas que para explorar y conocer las nuevas posiciones del enemigo, conducido por los impulsos y siempre temeroso de la poquedad de sus abastecimientos y creyendo amilanar al extranjero con un violento ataque, dispuso que sus soldados continuaran la marcha.

Sin perder un punto tan importante como Saltillo, el general Taylor se estableció en la hacienda de Buenavista. Allí resolvió, con excedente valor, puesto que no podía recibir refuerzo alguno, esperar a los mexicanos. Estaban a sus órdenes 4 759 hombres, pero era dueño de armas muy superiores a las de los mexicanos: cañones rayados, fusiles de patente y granadas de potencia. Bien surtido tenía su almacén de municiones y abundantes eran sus

viveres. Gozaba, además, del privilegio de haber elegido el terreno de la acción, lo cual constituía una ventaja de muchas toneladas.

Osadamente, el general Santa Anna se adelanta por los desfiladeros de Angostura (Paso de las Termópilas, ha de llamarles más tarde en una de las cartas que escribe al general Ciriaco Vázquez), y en seguida, desde el copete de una loma como a “doscientas varas fuera de alcance de tiro del cañón” enemigo, “con su mirada de águila” examina las posiciones de los norteamericanos. Monta a caballo y viste igual que cuando salió de San Luis Potosí: levitón, cachucha y botines de paño negro. No ostenta distintivo militar alguno y lleva en la mano un látigo corto. A sus lados están los generales Mora y Villamil, Corona y Michelena, el coronel Santiago Blanco y los miembros de su estado mayor. Atrás del general en jefe, a corta distancia, hay dos compañías de regimiento de ingenieros.

Se da cuenta Santa Anna cuán peligrosa es su situación, por estar casi a la mano del enemigo y sin fuerzas que le auxilien y usa, como es su costumbre, de un ardid para evitar una acometida del enemigo: envía un comisionado con bandera blanca al campamento norteamericano para pedir a Taylor su rendición incondicional.

Mientras, ya seguro, puede seguir escudriñando el campo de las fuerzas contrarias, y nada comenta hasta que, al descubrir hacia su derecha el punto débil de los extranjeros, se dirige a Mora y Villamil para advertirle el resultado del reconocimiento. Luego discute con sus generales el plan de ataque y, encontrando apoyo a su empresa, da las primeras órdenes.

Es extraordinario el terreno que ocupan los soldados de los Estados Unidos, desde la hacienda de Buenavista hasta la Angostura. Rugoso y disolvente, parabólico e inextricable, la naturaleza le concedió los mejores dones de recinto fortificado. Quien desee conocerlo —y sin que ello se aparte de las autoridades en la historia de estos acontecimientos— deberá extender los dedos de las manos, uniendo los pulgares. Los interdigitales serán los fosos nativos, algunos de mucha



profundidad, pero todos agrestes; los dedos, las lengüetas de tierra, que como cuchillos acerados (puesto que sobre ellas se encuentra el extranjero con las mejores armas de la época) se dirigen hacia los desfiladeros por los que penetra el ejército mexicano, y los nudillos de la mano, las lomas en las que está situado el enemigo, listo para movilizarse sobre los puntos que amenacen los atacantes. Éstos, por asaltar la fortaleza, lo mismo de frente que por los flancos, han de descender a los fosos, para luego trepar al suelo en el que les esperan los norteamericanos. En la parte posterior de este croquis corre una serie de cañadas que inmuniza a los hombres de Taylor de cualquier ataque por la espalda.

Por los accidentes del piso, la caballería y los cañones del ejército mexicano están de hecho fuera de combate. Pertenece al arrojo y a las fuerzas físicas y a las armas de la infantería nacional el triunfo o la derrota en la batalla que se acerca. Los infantes van llegando al lugar de reunión. Es extrema su fatiga y grande su debilidad; “son cadáveres que caminan”. Han marchado sin descanso 20 leguas, “sin agua en 16 de ellas, sin otro alimento que un solo rancho tomado en la hacienda de La Encarnación”. Pasaron la noche del 21 de febrero en pie, hacinados, protegiéndose los unos a los otros del cortante frío. Sin embargo, al desfilar ante Santa Anna lo vitorean con júbilo —tal es su ánimo y tanto su patriotismo—, y al descubrir al enemigo, blandiendo sus armas, arrojan “al viento cuanto les podía ser inútil” para lanzarse a la pelea y hacen que “los batidores [dice el cronista] golpearan con estrépito las cajas de guerra”.

Cubre rápidamente el general Santa Anna con sus tropas las alas y el centro de su línea. En seguida, dispone que el general Ampudia, con cuatro batallones, parta hacia la derecha. Se despliegan los mexicanos sobre la falda de las montañas, con el propósito de apoderarse de la izquierda del enemigo. Se traba el combate a las cuatro de la tarde del día 22. Mexicanos y norteamericanos se disputan las alturas, y son aquéllos, después de dos horas, los dueños de la posición.

Luego de ese encuentro viene el silencio en ambos campos, y ocupa la noche Santa Anna para reforzar su derecha. Mucho es lo que confía el general en jefe del ejército nacional en los golpes de audacia. Sabe que no es posible prolongar la lucha por la cortedad de los víveres y municiones, y no desconoce que estará perdido después de 24 horas si sus soldados no llegan a los depósitos de abastecimientos de los norteamericanos. Nada tienen los patriotas a sus espaldas sino hambre, sed, cansancio y muerte.

Taylor, no obstante que Santa Anna le ha advertido que lo circundan “veinte mil soldados” (suma inflada que dio el general mexicano para atemorizar al enemigo), tiene puesta su seguridad no sólo en el terreno elegido para presentar batalla, sino también en su indiscutible gallardía y en su extraordinaria actividad. Así, apenas concluida la primera acción, se encamina a Saltillo a disponer de la defensa de la ciudad, amenazada por 1 200 jinetes que el general Santa Anna ha enviado a las órdenes del general José Miñón.

Nadie ha dormido en el campamento mexicano, y a las dos de la mañana del 23, después de vencer silenciosamente los obstáculos naturales de las quebradas en la extrema izquierda de los norteamericanos, los patriotas arrollan la vanguardia del enemigo.

Ha comenzado la batalla. Santa Anna monta a caballo y forma dos columnas de asalto. Hace mover a una sobre la derecha, y a la segunda sobre el frente del contrario. Éste ha reforzado precipitadamente esta última posición, que es la más amenazada.

Con el arma al brazo avanzan los patriotas sobre el punto que tienen a su pecho, pero son tantos los estragos que causa en ellos la artillería norteamericana, a la que sirven de perfecto blanco, que Santa Anna ordena que retrocedan y se pongan fuera del alcance de la metralla.

En cambio, fiera y cruenta es la pelea que se desenvuelve a la derecha de los mexicanos. Cargan éstos a la bayoneta una y

varias veces. Las fragosidades del suelo entorpecen sus movimientos. Con todo, están ya sobre el territorio del enemigo.

Taylor, luego de convencerse de que Saltillo no corre peligro, porque Santa Anna, en medio de su eretismo, olvidó dar apoyo con la infantería a los jinetes de Miñón, regresa al campo de la acción y dirige a sus hombres. Con mucha entereza en esos momentos en que lo amenazaba el desastre —afirma Montgomery, su biógrafo—, tiende a sus soldados en línea de batalla para evitar los progresos de los mexicanos, pero pronto la formación se convierte en desorden: se desbandan los extranjeros y abandonan parte de su artillería. Los rifleros norteamericanos, que han estado peleando con las fuerzas de Ampudia, al sentirse aislados, huyen también. Todo parece favorecer a los patriotas que defienden su sagrado suelo.

Ahora, los mexicanos tienen órdenes de lanzarse sobre la hacienda de Buenavista. Santa Anna va de un lado a otro, seguido de su estado mayor y de su corneta, que incesantemente da toques de guerra. Los soldados lo aclaman. Una metralla enemiga ha matado su caballo, pero nuevamente es jinete, y con el látigo señala a sus hombres el camino que han de seguir.

Los mexicanos llegan a la segunda línea que ha organizado el general Taylor con singular presteza, y la envuelven, en tanto que el general Francisco Pérez, quien ha tomado el mando de la primera división al caer herido el general Manuel Lombardini, se dirige con la caballería que entra en movimiento hacia la retaguardia de los extranjeros, en donde espera hacer enlace con las fuerzas de Miñón para consumar la victoria; pero Miñón no aparece. No es hombre a quien falte valor, pero se ha entretenido en escaramuzas accesorias, aparte de que no tiene infantes para operar en un terreno escabroso.

También el general Julián Juvera, venciendo los obstáculos de la naturaleza del suelo, ha puesto sus jinetes sobre el recinto del enemigo. Éste, aunque debilitado, lo recibe valientemente con el fuego de sus pistolas. Echan pie a tierra los dragones de Juvera y se entabla una pelea cuerpo a cuerpo, mientras que una

compañía de coraceros mexicanos traspone con sin igual intrepidez el campo enemigo, aunque luego se vuelve al quedar aislada de sus fuerzas.

Poco después del mediodía cae una “copiosa lluvia”, con lo cual se dificultan los movimientos de los mexicanos sobre los últimos pero firmes reductos de Taylor.

En seguida del aguacero, dicen los historiadores norteamericanos que Santa Anna pidió parlamento. Es inexacto, puesto que el general en jefe, en esa hora da cuerpo a una nueva columna, en un esfuerzo supremo para alcanzar el triunfo, y apoyándose en el suelo conquistado a la izquierda del enemigo, carga con 3 000 hombres hacia el centro de la línea de Taylor. Hacen los mexicanos uso de la bayoneta y obtienen ventajas. Violentamente el jefe de los extranjeros establece en su frente las baterías que estaban a su retaguardia y él mismo dirige el último acto defensivo. Los mexicanos llegan con valor excepcional hasta las bocas de fuego del enemigo, pero son tantos los estragos que ocasiona la artillería de Taylor, sobre todo en el regimiento de ingenieros, que los patriotas retroceden.

Termina el día y con ello la lucha. Los soldados de México han agotado sus municiones; están rendidos por la fatiga y el hambre, y no hay ni tropas de reserva ni víveres. El más triste y amargo cuadro que pueda ofrecerse a la vista de un jefe de ejército es el que tiene Santa Anna frente a él, cuando, siempre arrastrado por sus arranques y desasosiegos, resuelve abandonar La Angostura para emprender la marcha con su ejército a Aguanueva, punto en donde cree —dice— poder reorganizar sus fuerzas y combatir nuevamente al enemigo, olvidando que una retirada, aunque tenga visos de estratégica, trae consigo el quebranto del recurso más notable en la guerra: el de la moral del soldado.

A ningún mexicano deshonra lo sucedido en La Angostura, pero sí deja una imborrable y sentenciosa advertencia: los pueblos que no viven preparados para la defensa de su territorio, están expuestos a ser víctimas del más fortuito enemigo.

Tres días permaneció el ejército nacional en Aguanueva, en donde Santa Anna rechazó las propuestas de paz de los comisionados del general Taylor y, convencido que estuvo de la imposibilidad de dar nueva batalla al enemigo, puesto que todo, a excepción de la sangre de sus hombres, estaba consumido, optó por seguir la marcha a San Luis Potosí.

Lúgubre fue la vuelta hacia atrás del ejército. Los heridos iban en camillas improvisadas con *horcones* y fusiles, o en carretas tiradas por bueyes. Conducían a los jefes y oficiales mutilados en hombros de sus asistentes. No había qué comer, sino “carne maleada y piloncillo”, y como el agua bebida por los soldados era muy salobre, “se acabó de desarrollar la disentería”. Una furiosa tempestad azotó sobre los restos del ejército, con lo cual aumentaron las desgracias.

Se adelantó Santa Anna a San Luis Potosí y allí recibió una petición del Congreso nacional, firmada entre otros por Lafragua, Comonfort y Riva Palacio, para que se presentara en la capital de la República a “desempeñar la presidencia, dejando el ejército a las órdenes del general” que mereciera su confianza.

Graves desórdenes habían acaecido en la ciudad de México a partir del 14 de enero de 1847, a consecuencia de la suspensión del culto en las iglesias ordenado por el cabildo metropolitano, arguyendo éste tener noticias de que los templos iban a ser ocupados por las fuerzas del gobierno, lo cual era dar una torcida interpretación a la ley del 11 de enero. Sin embargo, a la prudente actitud de las autoridades municipales, se reanudó el culto y volvió la paz.

Mas la misma ley, por una parte, y el recto e inflexible mando de Valentín Gómez Farías, que tanto alarmaba a los catrines mexicanos ansiosos de poder, por otra parte, seguían siendo cabeza de nuevos disturbios.

Nadie ignoraba la existencia de una bulliciosa conspiración para derribar el gobierno de Gómez Farías, no obstante que con ello se debilitaba la autoridad en los momentos más difíciles para la

patria, como tampoco pasaba por alto el hecho de que los conspiradores estuviesen en el seno de los cuerpos de voluntarios Hidalgo, Victoria, Independencia y Mina, atribuidos a los polkos, y constituidos, en su mayoría, por personas pertenecientes a las empingorotadas familias de la capital de la República.

Temeroso, pues, Gómez Farías de un pronunciamiento de los polkos, procedió a dar órdenes propias de su *estatura* de gobernante, intentando deshacer la proyectada sublevación, lo cual no hizo sino precipitar una lucha armada que siempre ha de ser estigma para los voluntarios de los cuatro batallones, quienes, así como fueron patriotas al alistarse para la defensa del suelo nacional, ninguna razón les asistió en su descabellada y subversiva empresa.

Entre los tiros de los soldados del gobierno y de los polkos vivieron los habitantes de la ciudad de México desde el 27 de febrero, y si injustificables eran las acusaciones de los pronunciados a Gómez Farías (porque ni “la parálisis de los negocios”, ni el acrecentamiento de la pobreza, ni las “exacciones a los particulares”, provenían de “los rigores de un exaltado y mal gobierno”, sino que se originaban en las condiciones de guerra), soez fue el cargo que los liberales hicieron a la Iglesia señalándola como responsable de la rebelión. Verdad es que los polkos no dejaron de aprovecharse del desasosiego que los clérigos sembraron con motivo de la ley del 11 de enero, pero a todas luces el alzamiento tenía un fondo político: esfuerzo de los currutacos para menoscabar el valor de las instituciones liberales y republicanas, y anticipo de un régimen absolutista.

De todos estos sucesos tuvo informes el general Santa Anna en el trayecto de San Luis a la ciudad de México, y mostrándose obsecuente a los comisionados de los partidos que salían a su paso, no tomó resolución alguna sino hasta el 20 de marzo, cuando, después de rendir juramento como presidente de la República en la Villa de Guadalupe, derogó, de acuerdo con la mayoría del Congreso, la ley de 11 de enero, y con su tibieza hizo que se desarrollaran los vapores de los polkos, que bajo las flores

que de los balcones les arrojaban las damas de la *alta* sociedad, desfilaron por las calles de la capital.

Como no otro sino la caída del gobierno de Gómez Farías era el nudo de la rebelión de los polkos, con la presidencia de Santa Anna todo volvió al orden, al paso que se lanzaban los patriotas a realizar nuevos esfuerzos para la salvación del país.

Ocupados ya por el enemigo extranjero los territorios de California y Nuevo México y tomada la ciudad de Chihuahua el 1º de marzo de 1847 por el coronel Doniphan, después de haber derrotado a los mexicanos en Bracitos y Sacramento, mayúsculo peligro amenaza a la República con la captura del puerto de Veracruz por las fuerzas norteamericanas al mando del general Winfield Scott.

Éste, en seguida de recibir informes sobre la salida de los lanchones de desembarco y de las flotillas de botes mosquitos de Nueva Orleans, de tener aparejados los buques transportes en Brazos y Tampico, y de estudiar “con fruición la ruta de Cortés de Veracruz a la capital de los aztecas”, dispuso que sus tropas fuesen conducidas a la isla de Lobos, en donde con mucha diligencia fueron ejercitadas en la difícil tarea de apoderarse de una playa abierta frente al enemigo.

En los primeros días de marzo, la armada norteamericana, en la que forman más de 150 barcos, empezó a moverse hacia Veracruz. Lleva “un gran tren de sitio de bomberos de a 24 y de obuses de 8 pulgadas”, de 80 000 a 100 000 bombas y poco más de 12 000 soldados, organizados en tres divisiones con 21 regimientos, a las órdenes aquéllas de los generales Worth, Twiggs y Patterson.

Mientras que Scott daba espesor a sus proyectos, los veracruzanos se apresuran a la defensa de su amado suelo. En horas tan negras para la patria, ni miden los peligros ni pesan los sacrificios. Tienen como vanguardia la aparatosa fortaleza de San Juan de Ulúa, cuentan con los viejos fuertes de Santiago y Concepción y con los débiles reductos de San José, San

Fernando, Santa Bárbara, San Javier y San Mateo. Hay en la plaza 3 360 soldados y 1 030 más en el castillo de Ulúa y, aunque los historiadores norteamericanos modernos insisten en que la ciudad poseía, al ser atacada por Scott, 400 cañones, lo cierto es que sólo tenía 224 piezas montadas, de las cuales poco menos de la mitad “no pudieron hacer más de dos disparos” durante el combate.

Tan deficiente era, por otra parte, el poder de la vieja fortaleza de Ulúa, que para ponerla en condiciones de guerra fue necesaria una suscripción entre los principales vecinos del puerto a fin de reponer y arreglar el cureñaje del castillo.

No obstante los pobres instrumentos de guerra que tienen a su alcance, los veracruzanos están dispuestos a dar un ejemplo de patriotismo. Los miembros del Ayuntamiento forman una junta de defensa y se comprometen a pagar los alimentos y pertrechos que requiera el comandante de la plaza, que lo es el general Joaquín Morales —hombre de gran valor aunque de corta iniciativa—, organizan una compañía de bomberos, se establecen en sesión permanente, alientan a la población y, en fin, hacen de Veracruz un hervidero de nacionalidad y honor.

Un grupo de jóvenes veracruzanos lleva a cabo una función teatral para hacerse “de fondos e improvisar un hospital de sangre” y las mujeres “cosen saquillos y cartuchos de cañón, y aprontan sábanas, vendas e hilas para atender a los heridos”. Todos los hombres capaces de tomar las armas se alistan en la guardia nacional.

Incesantemente los veracruzanos se dirigen al gobierno de la República pidiendo ayuda para la defensa del puerto y nada obtienen. Otro es el plan del general en jefe del ejército nacional: dejar al extranjero las playas pestíferas creyendo que allí se diezmarán sus filas, reunir a todos los patriotas en las zonas salubres y poner en éstas la defensa suprema de la nación. Así y todo, los veracruzanos no se amedrentan y se disponen a enfrentarse por sí solos al poderoso enemigo. Es quizá un acto suicida, pero también de invulnerable patriotismo.



El enemigo está ya a la vista de los porteños. Nunca se había reunido en un punto del continente americano semejante número de embarcaciones como el que presenta el gobierno de los Estados Unidos. Grande es el amago de las fuerzas extranjeras, pero inmenso el espíritu bélico de los defensores de Veracruz. Los regidores Manuel Gutiérrez Zamora y José Luelmo, acaudillando la guardia nacional, recorren, inquebrantables, las posiciones mexicanas, estimulan a los jarochos que pelearán a extramuros y proporcionan caballos al intrépido padre Jarauta. Hipoteca sus bienes personales el administrador de la aduana, Manuel M. Pérez, para cubrir los gastos del sostenimiento de la guarnición militar. Repara diligentemente los baluartes el teniente coronel Manuel Robles Pezuela.

Fondean los primeros barcos norteamericanos en Antón Lizardo el 4 de marzo, en tanto que el comodoro Perry, con una flotilla, emprende el reconocimiento de la costa.

El general Scott, a bordo del barco insignia, da las últimas órdenes para lanzar los lanchones cargados con soldados sobre las playas mexicanas. Su “único temor” es el fuerte de San Juan de Ulúa y, como ignora el alcance de los fuegos del castillo, hace avanzar una escuadrilla que, cañoneada por los mexicanos, le hace saber el poco peligro de las baterías de Ulúa. Seguro, pues, de que no expondrá a sus hombres en la maniobra que proyecta, hace que la escuadra fondee en la isla de Sacrificios a las dos de la tarde del 9 de marzo y, en seguida, parten los lanchones y los mosquitos llevando a los soldados extranjeros a la playa elegida para el desembarco.

Protegidos por los cañones de tres barcos de vapor y de cinco goletas, los norteamericanos ponen pie en tierra entre Mocambo y Collado. Morales, por carecer de “fuerzas volantes”, no puede evitar la invasión.

Levantando trincheras avanzan los soldados de los Estados Unidos hacia el cementerio de la ciudad. Los hostilizan las guerrillas mexicanas, y los fuegos de Ulúa y de los baluartes

entorpecen “a veces las obras de los ingenieros” norteamericanos. Sin embargo, las granadas y bombas que disparan los defensores de Veracruz son de mala calidad, de “lo que se desprende que los mexicanos han improvisado” sus proyectiles. “Durante los días 13, 14 y 15, cayeron sobre nuestro campamento ciento ocho bombas; de fabricación tan deficiente que nos causaron pocos daños”, escribe el general Scott.

Extendidas y consolidadas las posiciones terrestres de los norteamericanos, y fija la artillería de grueso calibre para el ataque, Scott pidió la rendición de la plaza, a lo que repuso el general Morales diciendo estar dispuesto a defenderla.

Rompen el fuego las baterías de tierra de los extranjeros; se acercan los barcos de Perry a la ciudad y descargan sus cañones. Responden al ataque los de Ulúa y también las piezas de los baluartes, y logran dañar seriamente a uno de los vapores enemigos.

En medio de un terrible viento del norte, siguen desembarcando los soldados norteamericanos. La maniobra del enemigo es arriesgada y valiente. Nada los detiene, no obstante que pierden mucha impedimenta en la travesía de los buques a la playa.

Llueven metrallas sobre Veracruz a la tarde y noche del 22 de marzo. El enemigo no tiene ningún respeto ni a la ciudad ni a sus habitantes. Caen las bombas sobre los cuarteles al igual que sobre los hospitales de sangre y los edificios particulares. Niños y mujeres yacen muertos o heridos, y son numerosas las casas incendiadas. No hay lugar seguro para la población inerme. Falta pan y falta carne.

Abren espaciosas brechas los tiros del enemigo en los reductos, pero los mexicanos improvisan nuevas defensas.

Se espera de un momento a otro el asalto a la ciudad. El Ayuntamiento sigue en posición permanente. La guardia nacional está lista para el combate. El número de víctimas se acrecienta. Un solo bote de metralla se ha llevado a 19 personas.

Después de 48 horas de incesante bombardeo, el general Scott recibe una solicitud de los cónsules de Francia, España, Inglaterra y Prusia para que en una tregua se permita salir de Veracruz a los neutrales, junto con las mujeres y los niños. El general norteamericano se niega a acceder a la petición, arguyendo que sólo puede tratar con el general Morales y siempre que éste se disponga a rendirse.

Cruel era el castigo que el sañudo Scott destinaba a los veracruzanos. De ninguna consideración fueron acreedores los indefensos. En estado de ruina la ciudad, sin poderse dar atención a los heridos, insepultos los cadáveres, agotados los víveres y soplando con furor los vientos del norte, todo parecía condenar a los patriotas. Los soldados, sin embargo, seguían en sus puestos, aunque fueran débiles en sus fuegos y escasos los daños que producían en las filas del enemigo.

El 26 de marzo, después de una junta de guerra, los sitiados resolvieron entrar en arreglos con los atacantes, pero Scott exigía una rendición incondicional. El general José Juan Landero, quien había sustituido en el mando a Morales al negarse éste a capitular, trataba de salvar el honor nacional, y con el sosiego y la buena fe del patriota llevó a término las negociaciones. El día 27 fue firmada la capitulación y al siguiente entregados los puestos militares a los norteamericanos.

Los patriotas, en su mayoría, ocultaron o destruyeron sus armas y, de acuerdo con el convenio, abandonaron el puerto. Veracruz quedó atrás, no sin que fuese sellada con la sangre de sus hombres la ardiente defensa de su suelo.

Santa Anna entretanto ha tomado de la mano a la angustia. Está en divorcio —y para siempre— con el partido liberal, que no obstante sus devaneos, es el único, por su agilidad, que origina el fanatismo patriótico.

Para lograr que el Congreso votara al general Pedro María Anaya presidente interino de la República, Santa Anna ha tenido que

emplear, de acuerdo con los conservadores y moderados, ridículos a la vez que reprobables procedimientos, con lo cual ha puesto de relieve cuánta es su debilidad y qué número de incoherencias lo acompañan en su vida de soldado y político. Nadie le podrá acusar de falta de impulsos patrióticos pero sí de carecer en aquellos momentos de la razón patriótica, que es la virtud primera que debe exigirse a un jefe de Estado y, con mayor rigor, al comandante de un ejército a quien se entrega la defensa de una nación.

Por andar en muchos laberintos políticos, en los pocos días que estuvo en la presidencia el general Santa Anna da disposiciones que orillan al enojo y la disidencia. Pretende el alistamiento obligatorio, cuando no hay armas y tampoco oficiales para la instrucción de los voluntarios; establece nuevos impuestos, estando el enemigo apoderado de más de la mitad del territorio de la República y, por tanto, en la imposibilidad los mexicanos de cumplirlos; ordena la destrucción de todo cuanto pueda ser útil a los norteamericanos en los puntos que éstos amenazan, a pesar que ya no hay tiempo para que las órdenes lleguen a su destino; une en los batallones a los regulares con los de leva y con los que entregan las cárceles. Requiere dinero, pero exime al clero y a los ricos propietarios de “toda prestación forzosa”. Y, aunque todas las medidas extraordinarias son necesarias en la guerra, desazonan, no sólo al vulgo, antes a los más sólidos patriotas, si no llevan dirección y organización.

El estado de ánimo de Santa Anna está a la luz del día cuando los generales Ampudia y Juvera llegan a la ciudad de México a pedirle instrucciones. El general en jefe titubea sobre el lugar que ha de elegir para oponerse al adversario. Piensa en Orizaba, en Perote, en Cerro Gordo. Por fin, resuelve dar batalla en el último punto.

Ignora cuántos soldados ha de reunir en Cerro Gordo, pero hace rodar la artillería y caminar a los infantes que encuentra a la mano. No la fe en un jefe, sino el anhelo de servir a México es lo que mueve a las tropas que marchan en dirección a Veracruz. Y como los comandantes de los cuerpos son los propietarios de sus

designios, cada quien da forma a sus batallones, y lanza proclamas y hace saber el número de hombres bajo su mando. De tanta disparidad proviene el volumen que los historiadores extranjeros señalan a las fuerzas mexicanas que combatieron en Cerro Gordo.

A ponerse al frente de sus tropas, Santa Anna salió de la capital de la República el 2 de abril.

*Estando [el general] con la comitiva que había concurrido a la entrega del mando a Anaya, se entró a las piezas interiores [del Palacio Nacional] y bajó solo las escaleras metiéndose en el coche que lo esperaba. Baranda dice que aquella escena fue sumamente patética, que todos los circunstantes estaban sumamente conmovidos, como quien presencia un último adiós, y que vio correr lágrimas aun de los enemigos de Santa Anna. Él manifestó tristes presentimientos.*

Y, en efecto, después de los sucesos en La Angostura y en el puerto de Veracruz, los que se siguen en la guerra con los Estados Unidos no pertenecen al dominio de la historia militar de México, sino a la historia heroica de un pueblo, porque ya no habrá planes estratégicos y sí actos de sacrificio conmovedores, ni soldados hechos en la disciplina y en cambio patriotas guiados por el honor, tampoco responsabilidad de mando, antes deberes de hombradía.

De triunfos podrá llenarse el enemigo, mas no de glorias. Éstas corresponderán, no por vehemencia, sino por expurgo de las muchas fuentes que hoy se tienen a la vista, a los que sin abrigo y sin pertrechos, sin jefes y sin manutención, continuaron participando con ardor increíble en hazañas guerreras; pertenecerán, en suma, a la nación mexicana.

Véase a esos hombres que levantan parapetos y fijan baterías, que vuelven y revuelven en Cerro Gordo a 10 kilómetros del lugar en donde se encuentran acampados 11 000 soldados norteamericanos, de los cuales, el que menos, ha tenido ocho

meses de ejercicios y conocimientos en el arte de la guerra antes de llegar al frente de batalla. Léase, en seguida, los partes de Canalizo, de López Uruga, de Robles, de Pérez, de Pinzón, de Ampudia, de Rangel, las cartas de Urquidi y de Juvera, los informes de Santa Anna, las acusaciones de Gamboa, las crónicas en las publicaciones periódicas, y todo llevará a la conclusión de que esos siete mil y tantos mexicanos dispuestos a detener el avance de los extranjeros hacia Jalapa carecen del concierto de un ejército. La cuarta parte empuña por vez primera un arma, en sus filas sólo cuentan con seis ingenieros y siete médicos, y tanta es la pobreza de sus abastecimientos que, cuando Santa Anna requiere los pertrechos almacenados en Perote, descubre que la antigua fortaleza, si es verdad que posee cañones y granadas, en cambio únicamente dispone de 200 viejos rifles y de unos cuantos granos de pólvora.

No fueron, ni la mala elección del terreno para el combate, ni la falta de artillería en el cerro de la Atalaya, ni el desasosiego de Santa Anna, ni la premura para levantar trincheras, las causas de la derrota nacional en Cerro Gordo. De antemano, aquel desorden, por serlo, estaba perdido, con lo cual, nada más que ofrendar sus vidas podían hacer los patriotas en la honrosa decisión de resistir al enemigo.

Esto todo, sin embargo, no disculpa a Santa Anna, porque si el general en jefe de un ejército no se siente dueño de sí mismo y por desaprensión no cuida sus flancos ni fortalece el camino a Jalapa, que es hombro de sus posiciones y puerta a los movimientos de su caballería, antes de recibir el fuego del enemigo debe retirarse del campo de batalla, con lo cual, si es verdad que puede empequeñecerse en la historia, en cambio engrandece a la patria, de cuya gloria es lo único que deben cuidar con todos los celos y todas las pasiones los patriotas.

Mas dejando aparte las prognosis, asistamos al combate de Cerro Gordo.

A la mañana del 17 de abril de 1847, las avanzadas de las fuerzas de los Estados Unidos se acercan a los atrincheramientos de los

mexicanos en Cerro Gordo. Es la división de Twiggs la que se adelanta a tomar posiciones, en las alturas de la Atalaya, cubriéndose con la espesura del bosque y sin intenciones de dar pelea. Sin embargo, con el casual encuentro, durante ese movimiento, de los soldados de Santa Anna y de Scott, se traba el combate. Twiggs hace avanzar a sus hombres por el frente y la derecha con el propósito de apoderarse de la falda de Cerro Gordo, al mismo tiempo que destacaba fuerzas sobre la batería mexicana que defiende el camino a Jalapa. Con todo, no consigue progresos y sí sufre bajas, que aumentan con la arremetida de los voluntarios nacionales, quienes, no obstante la debilidad de su armamento (los más, dice el parte, “iban armados de escopetones”), atacan con tanto arrojo que obligan a los norteamericanos a retroceder tumultuosamente.

Cuatro horas duró el combate, al que por igual en el uno como en el otro campo se le dio exagerada importancia.

Scott, sabiendo que Santa Anna había descuidado la protección de sus flancos, además de ordenar la ocupación del cerro de la Atalaya, dispuso que sus ingenieros buscaran un camino para enviar a sus soldados a la espalda de los mexicanos, en tanto que Santa Anna, confiando en lo agreste del terreno y por lo mismo exentas de peligro sus alas, se dedicó a reforzar sus atrincheramientos, así como a tender en su frente principal, sobre la falda de Cerro Gordo, cordones de tropas ligeras.

Los ingenieros norteamericanos, con habilidad y prontitud, descubrieron un paso entre el escarpado suelo, y precisamente por donde Santa Anna creyó imposible el acceso del enemigo, y antes de que despertara el día, una columna del enemigo avanzaba sigilosamente por el sendero que le iba a conducir al triunfo.

Se encontraba el general Santa Anna dirigiendo personalmente el establecimiento de una nueva batería, y los ingenieros mexicanos no terminaban de levantar los parapetos frontales en Cerro Gordo, cuando, en las primeras horas del 18, los cañones del enemigo, fijados en la Atalaya rompieron sus fuegos, al paso

que dos columnas de los extranjeros se dejaban ver al pie de los atrincheramientos nacionales.

Excepcional parecía el arrojo de los norteamericanos al emprender el avance presentando el pecho a los cañones y fusilería mexicanos y teniendo que vencer previamente la aspereza del terreno. Mas era que confiaban en el inesperado ataque que iban a sufrir los patriotas de México por la parte posterior de sus posiciones.

Santa Anna, siempre con la seguridad de tener a salvo sus espaldas, está en el campo de combate. Moviliza apresuradamente tres batallones a su amenazado frente, pero a poco se entera de que ha sido flanqueado y pretende dar otro orden a la pelea, mas ya es tarde: los mexicanos están envueltos, y con esto y con la muerte del general Ciriaco Vázquez, se produce la desorganización en las filas nacionales. Asaltan los extranjeros con indiscutible valor los parapetos frontales y superiores de Cerro Gordo, se apoderan de la artillería mexicana y la emplean contra los patriotas, con lo cual provocan la confusión, el desorden y la derrota.

Dueño de Cerro Gordo, el enemigo ataca y luego asalta las baterías mexicanas en el camino a Jalapa, que no están debidamente fortalecidas. El general Canalizo intenta participar en el combate con sus jinetes, pero, de un lado, se lo impiden las fragosidades del suelo. De otro lado, por ser hombre sin iniciativa, ha dejado correr, como extraño a la acción, los primeros momentos del combate, y cuando pretende movilizarse, ya está todo perdido. Se aleja del campo de batalla en dirección a Jalapa, sin haber participado en la función de armas.

Santa Anna, en medio de la derrota, está a punto de ser prisionero de los norteamericanos, mas logra escapar acompañado de sus ayudantes, tomando veredas extraviadas, y alcanza una altura no lejos del lugar del combate. Su corneta llama a reunión, pero nadie acude a la cita.



Capitulan las últimas fuerzas mexicanas que luchan a las órdenes de Jarero y Pinzón, y el campo queda en poder de Scott, mientras que los soldados de México, abandonados a su suerte, corren dispersos por todos los rumbos.

Abatido física y moralmente llega Santa Anna a Orizaba el 21 de abril. Allí, con la presencia de la brigada de Oaxaca al mando del general Antonio León, cobra pujanza y expide recomendaciones de carácter patriótico a diferentes jefes militares. Escribe al general Antonio Gaona, comandante de Perote, ordenándole que se prepare para oponerse al enemigo. Sin embargo, Gaona, antes de recibir instrucciones, ha abandonado la vieja fortaleza por no tener pólvora para disparar un solo tiro de cañón, y se ha unido a los dispersos de Cerro Gordo, que en número de 2 500 y a las órdenes de Canalizo, se retiran hacia Puebla.

Scott, en seguida del triunfo de Cerro Gordo, dispuso el avance de los soldados de la división de Worth a Perote, en tanto que él establecía su cuartel general en Jalapa, en donde firmó un manifiesto de maliciosas proporciones, pretendiendo aparecer no como el caudillo de una guerra de conquista, sino como salvador de un pueblo “sojuzgado por los partidos políticos y los militares”.

El mismo día que Scott firma el manifiesto en Jalapa, el general Santa Anna está en la ciudad de Puebla y, como tiene noticias de que el general Worth, después de ocupar Perote (en donde encontró “sesenta y seis cañones y morteros de fierro y de bronce de diversos calibres, en buen estado de servicio; once mil ciento sesenta y siete balas de cañón, trece mil trescientas veinticinco bombas y granadas de mano, y quinientos fusiles, trescientos de ellos inservibles”), avanza sobre la capital poblana, proyecta, ya retirarse a San Martín Texmelucan, y a salir al paso del enemigo en Amozoc. Mas como no tiene plan sólido, todo se frustra. Ha obtenido un préstamo del clero de Puebla y hecho requisa del maíz del diezmo, y recibe contribuciones de guerra de Oaxaca, Orizaba y Tehuacán.

Piden armas los poblanos para defender la plaza, pero no las tiene el gobierno del estado; tampoco se las puede proporcionar Santa

Anna, quien, al fin, resuelve el abandono de la ciudad para dirigirse a la capital de la República, en donde todo le es hostil, por lo que determina presentar su renuncia como presidente y como comandante en jefe del ejército.

Moderados y conservadores están en grave pugna. Los generales no se entienden. Los preparativos para la defensa de la ciudad han sido descuidados. Nadie se siente capaz de desatar tan delicada situación. Santa Anna pide que sean llamados a una junta los jefes militares. En ella logra prevalecer con su opinión en el sentido de que debe continuarse la guerra, no obstante que un acuerdo de esa naturaleza pertenece a la facultad del Congreso. Tres son las resoluciones aprobadas en la reunión: defender las entradas a la cuenca de México, construir trincheras en torno a la capital y combinar los movimientos de las guerrillas mexicanas para hostilizar al enemigo en su avance sobre la ciudad de México.

Vuelve el patriotismo a sacudir a todos los mexicanos. No hay dinero, puesto que del millón y medio de pesos que ha prestado el clero, sólo quedan 180 000. Santa Anna acude a los comerciantes y obtiene un auxilio de 100 000 pesos más. No hay vestuario, ni caballos, ni fornituras, aunque luego el gobierno logra créditos, con los cuales algunos extranjeros han de traficar. No hay armas, pero en la maestranza se trabaja día y noche reparando las antiguas. No hay más soldados que los 3 000 de la guarnición y los 4 000 llegados de Puebla con Santa Anna, mas de nuevo están en pie de guerra los polkos y cientos son los voluntarios que se presentan a recibir instrucción militar. En cada barrio de la ciudad surgen talleres en los que fabrican equipos para el ejército, y de los estados empiezan a llegar reclutas, aunque la mayoría desarmados.

En los primeros días de agosto, suman los soldados en la ciudad de México poco más de 14 000, sin incluir a los 6 700 de los generales Gabriel Valencia y Juan Álvarez, destacados para observar los movimientos del enemigo. Hay 100 cañones, de los cuales treinta y tantos son los de hierro, y otros, en buen número, fueron fundidos a última hora, utilizándose las campanas de las

iglesias. Los defensores de la capital tienen un promedio de 15 cartuchos de 15 adarmes por plaza, pero no poseen más piedras de chispa que las que lleva cada fusil. “La pólvora es de tan pobre calidad, que pierde sus virtudes en pocas horas de estar a la intemperie.” Catorce mil patriotas más que han ofrecido su sangre no tendrán puesto en el combate porque no puede el gobierno proveerlos de armas y municiones.

Dio viveza al patriotismo de los habitantes de la ciudad de México la llegada del Ejército del Norte, formado por los soldados que habían combatido en La Angostura, al mando del general Gabriel Valencia. Pobres eran estas fuerzas en armamento y dinero, pero robustas en lo que respecta a su valor.

Establecidas en la Villa de Guadalupe, Santa Anna va a pasarles revista. En la calzada de Peralvillo lo encuentra Valencia y los dos generales se dirigen a la Colegiata. Después de asistir a una solemne misa, entre salvas recorren las líneas de los fogueados patriotas, que aclaman a Santa Anna y a Valencia.

*Advierto en vuestro semblante [dijo Santa Anna dirigiéndose a los soldados] el mismo noble orgullo con que os presentasteis en aquella memorable jornada; y noto también que conserváis la severa disciplina que habéis adquirido en vuestra larga escuela de la frontera del norte, donde vuestras proezas y vuestros nombres jamás podrán olvidarse... ¡Soldados! Aquí como allá escarmentaréis al atrevido invasor, y si los decretos de la Providencia nos fueran al final propicios, completaremos un triunfo más que dará vida a la patria, que la mantendrá en el alto rango que merece, y que será la admiración del mundo.*

En seguida, el general Santa Anna preside una junta de guerra. Asisten, entre otros, los generales Valencia, Juan Álvarez, Pedro María Anaya, Manuel Rincón, Nicolás Bravo, Francisco Pérez, Antonio León, José Mariano Salas e Ignacio Mora y Villamil.

Explica Santa Anna su plan de defensa. Cree que Scott empezará por lanzar sus tropas sobre el baluarte del Peñón, por lo cual, en

tanto que el Ejército del Norte ha de situarse en Texcoco a las órdenes de Valencia para flanquear a los norteamericanos, el general Álvarez debe marchar, con todo sigilo, hacia el camino de Puebla para cortar al enemigo la fuente de sus abastecimientos. El general Álvarez opina que tanto sus jinetes como los de Valencia han de emprender inmediatamente la marcha para situarse en lugar conveniente en el que pueda operar la caballería y atacar por la espalda al grueso de la columna de Scott. Prevalece el plan de Santa Anna y el Ejército del Norte se dirige a Texcoco al paso que Álvarez se apresta a cumplir las órdenes del general en jefe.

Aparte del Peñón, Santa Anna ha levantado reductos en Mexicalcingo, San Antonio y La Venta de San Mateo Churubusco, y parapetos ligeros en Nonoalco, Vallejo, Peralvillo, Belén y San Cosme.

Así como primero ha creído el general Santa Anna que la zona maligna de Veracruz diezmaría al enemigo, mientras prepara la defensa de la capital piensa que los norteamericanos no iniciarán su avance sino hasta después de la temporada de lluvias, lo cual tiene como una ventaja para perfeccionar sus atrincheramientos e instruir a sus soldados. Sin embargo, la naturaleza no respondió a los planes del general, puesto que las pestes de tierra caliente no hicieron daño de consideración a los norteamericanos y el verano de 1847 se presentó limpio y seco como nunca antes, gracias a lo cual las bayonetas del ejército invasor llamaron a las puertas de la cuenca de México el 10 de agosto.

Tiene el general Scott a sus órdenes 14000 hombres, pero deja en destacamentos y hospitales 3 000 y avanza con cuatro divisiones mandadas por los generales Worth, Twiggs, Pillow y Quitman, sobre la ciudad de México.

Las fuerzas norteamericanas están en Ayotla el 12 de agosto. Valencia observa sus movimientos. No parece dudar de que el primer ataque será sobre el Peñón. Sin embargo, dos días después, advierte que el enemigo se encamina hacia Xochimilco y Tlalpan. Santa Anna, al confirmar los informes de Valencia,

cambia de plan y, al tiempo que ordena que el Ejército del Norte se sitúe en San Ángel, manda que los batallones Hidalgo, Victoria e Independencia, que estaban en el Peñón, se trasladen a Churubusco.

Con mucha agilidad, el general Valencia se mueve a San Ángel y, en seguida de destacar espías para conocer los movimientos de los norteamericanos acampados en Tlalpan, manda hacer examen del terreno en el que parece llamado a operar, llegando a la conclusión de que ni La Magdalena ni Padierna son puntos defendibles, por lo cual considera que es indispensable replegarse a Panzacola. Mas el general Santa Anna, por conducto del Ministerio de la Guerra, le dice el 17 de agosto

*que estando en Tlalpan solamente la vanguardia [norteamericana] compuesta de dos mil quinientos hombres, con cuatro piezas ligeras de artillería y setenta y cinco carros, no es probable que emprenda a marchar a San Ángel el mismo día de mañana, ya por la poca fuerza que tiene para dirigirse sobre un punto donde existen dobles fuerzas que las suyas, ya porque les sería preciso componer el camino, que según todas las noticias que hay de él, no está practicable para los carros. Además, no se sabe si les placera forzar el paso de San Antonio... y por lo mismo el general presidente considera que no hay una urgente necesidad para abandonar el punto de San Ángel tan prontamente... hasta no saber si de positivo el enemigo resuelve marchar sobre ese punto... pero si contra toda probabilidad lo verificase mañana, emprenda V. E. la marcha para Tacubaya.*

Pero como Scott, al día siguiente, con mucha habilidad hace un movimiento de engaño sobre las fortificaciones del puente de Churubusco, el general Santa Anna se dirige apresuradamente a Valencia ordenándole que se sitúe en Coyoacán, “adelantando su artillería al fuerte de Churubusco”.

Otra es la opinión de Valencia: “Para mí es claro como la luz del día [comunica al ministro de la Guerra], que el enemigo emprenderá su ataque, si no es mañana, lo será pasado; pero

haciéndolo a la vez por dos puntos naturales, cuales son el de San Antonio y Churubusco, y el que defiende el ejército de mi mando: que al uno dará ataque falso, mientras que al otro se hará con tesón”.

Impelido por los vientos de su mucho patriotismo, confiado en la acometividad de sus fuerzas, temiendo la acusación de cobarde, arrebatado por el deseo de medir sus armas una vez más con las del enemigo extranjero, perdido a los preceptos de la disciplina que es la base de un ejército, y a pesar de que él mismo ha informado a Santa Anna los peligros que ofrece una defensa de Padierna, el general Valencia apenas tiene noticias de que los norteamericanos avanzan por el camino del Pedregal y, víctima de los impulsos, en vez de retroceder a Churubusco marcha a Padierna.

Hace el movimiento a sabiendas de que quebranta el mando del ejército nacional, puesto que escribe al general José María Tornel:

*Acabo de recibir una orden de nuestro amigo el Sr. Santa Anna, para que al amanecer abandone todos estos puntos, y marche para Churubusco... Si tal hiciera, amigo mío, sin hacer las reflexiones que me dictan mi patriotismo, mis escasos conocimientos militares, y mi amistad al Sr. Santa Anna, incurriría en una grave falta y estaría convencido que hacía una traición a los más sagrados deberes... Vea usted bien las razones que alego al gobierno para que bien pensadas se escuchen, pues yo creo no me faltará algún valor para resistir en Padierna si por allí se le antoja venir a todos ellos, no teniendo más que cinco mil hombres, temblaré como un azogado cuando unido a usted reunámonos veinte mil al ver, a mi humilde conocimiento, lo falso de nuestra posición.*

Y, al mismo tiempo, Valencia escribió al general Santa Anna:

*Contra mis deseos, contra la conducta que he observado siempre con usted, pero precisado por un deber de conciencia, como un amigo leal de usted, como mexicano y*

*como general en jefe, cuando ya con los ojos me parece ver la pérdida de este ejército y de mi patria donde abandonemos un punto, y por él pueda el enemigo saliendo de su difícil posición atacarnos de flanco, y aun envolver la nuestra, pues tal sucedería si al amanecer encontrase descubierto el de Padierna, ha sido la causa que me ha estimulado a poner la comunicación que con esta fecha dirijo a usted por el ministerio de la Guerra... tengo un campo de batalla retrincherado, y casi toca a las probabilidades para la victoria; y por otro lado me he convencido hasta la evidencia de que su abandono sería nuestra pérdida.*

Débiles y, por tanto, peligrosos para el bienestar y solidez de los pueblos son los hombres que se dejan arrastrar por fugaces ilusiones, porque todo comprometen y nada resuelven. Tal fue lo que hizo el general Valencia, dando al enemigo facilidad a la victoria, y destruyendo con sus propias manos una granada división del ejército defensor de la ciudad de México.

El general Santa Anna se indignó al tener noticias de la actitud de Valencia. Pensó despojar a éste del mando, pero temeroso de provocar el disgusto y la inquietud de los soldados del Ejército del Norte, que en muy alta estima tenían a Valencia, pudo en él más la templanza que la ira y sólo advirtió a su impulsivo subordinado:

*al establecerse un problema, no quiero que se resuelva en mengua de mi patriotismo, en que no cedo a nadie, y prefiero exponerme a todas las contingencias que puedan venir, antes que dejar lugar a que pueda decirse que no se obró mejor, porque yo quería que se obrara bien y en regla.*

Scott, entretanto, está satisfecho. Su plan de campaña en la cuenca de México se desarrolla con precisión. Desde que dejó el camino de Ayotla al Peñón para seguir a Chalco, Xochimilco y Tlalpan, nada ha entorpecido su marcha, porque el general Juan Álvarez, luego de saber el traslado de Valencia de Texcoco a San Ángel, abandonó el proyecto de hostilizar la retaguardia de los norteamericanos, concentrándose en la cuenca de México, con lo

cual el jefe del ejército de los Estados Unidos tuvo limpio el camino para sus soldados y trenes de abastecimientos. No por parecerle inexpugnable la fortificación mexicana del Peñón, sino porque torciendo a su izquierda va a ocupar las alturas al suroeste de la capital nacional, con las cuales se hará dueño de estratégicas y dominantes posiciones sobre los defensores de la ciudad de México; es por lo que Scott avanza, con mucha seguridad en sus pasos, hacia Tlalpan, en donde establece su cuartel general.

Efectuada esta operación sin tropiezos, Scott se dispone a llevar a cabo la segunda parte de su plan de campaña, que consiste en atraer al combate a la división del general Valencia, con objeto — confiesa Scott— de extirpar a un enemigo que puede causarle daños en sus flancos. Así, después de sus engañosos movimientos del 18 de agosto, al tener informes de que Valencia se ha situado en Padierna, el general Scott ve cumplidos sus designios.

La destreza de los ingenieros norteamericanos unida a las cuidadosas previsiones del general Pillow, comandante de las fuerzas que marchan sobre Padierna, amenguan las dificultades que presenta el estrecho camino de Peña Pobre a Contreras, gracias a lo cual los cañones extranjeros arrojan la primera andanada de metralla sobre los atrincheramientos de Valencia, poco después del mediodía del 19 de agosto.

El jefe del Ejército del Norte, por tener a su frente un profundo barranco, se cree bien protegido del ataque del enemigo, pero olvida los peligros que pueden presentarse a sus costados. Y, en efecto, apenas iniciado el combate, una columna del enemigo marcha a la derecha y, después de varias refriegas con los mexicanos, queda posesionada de la izquierda de Valencia.

Santa Anna recibe en San Antonio la noticia de que el combate en Padierna ha empezado, y luego de enviar órdenes al general Francisco Pérez para que con su brigada acuda al campo de la acción, parte el propio Santa Anna “a galope, seguido de su estado mayor, de los regimientos de caballería Húsares y Ligero



de Veracruz y de cinco piezas de batalla” y, alcanzando a los soldados de Pérez, los hace “caminar a paso veloz” hasta las lomas del Toro.

Perplejo quedó Santa Anna al ver, desde el punto en donde se situó, cuán débiles posiciones tenía Valencia, y al darse cuenta de que el Ejército del Norte estaba envuelto por los norteamericanos, y con más reflexión que impulsos, intentó reunirse con Valencia, pero, no encontrando camino apropiado para conducir a los 6 000 hombres que lo acompañaban a la función de armas, por una parte, y temeroso de una batalla total en la que jugaría toda la defensa de la ciudad de México en un terreno inadecuado, por la otra parte, optó por enviar a las seis y media de la tarde al capitán José María Ramiro a que hablara con Valencia y “le previniera que se retirara como pudiera en la misma noche... y se incorporara con las tropas que había llevado [Santa Anna] en su auxilio [y] las que no podían batir al enemigo, por impedirlo las barrancas que estaban a su frente”.

A las nueve de la noche llegó Ramiro a donde estaba el general Valencia, pero éste ni siquiera dejó que el comisionado terminara de comunicarle las instrucciones del general en jefe, diciendo a Ramiro que “lo habían abandonado y que habiendo batido al enemigo cinco horas, y teniéndole sujeto con el batallón de Aguascalientes y la caballería que mandaba el señor general Torrejón... sólo pedía los seis mil hombres [de Santa Anna] y municiones para su artillería”.

Víctima de los calores del combate era Valencia; porque si había logrado “contener por varias partes al enemigo” durante la pelea en la tarde del 19, muy ajeno se mostraba al hecho de que los norteamericanos lo tenían cercado y, por tanto, en anticipada derrota.

Tan infatuado está el general Valencia en sus propósitos, que a la noche del primer encuentro informa al ministro de la Guerra: “he puesto en vergonzosa fuga con el valiente ejército que tengo el honor de mandar todas las fuerzas del angloamericano que unidas han embestido mi posición y me atacaron de cuantos

modos era dable desde las doce del día hasta las siete de la noche”.

Con singular valor, es cierto, certísimo, pelearon las tropas mexicanas en Padierna, pero no podía jactarse un general, a menos de ser un declamador, de una victoria, toda vez que estaba dentro de un anillo formado con los cañones y bayonetas del enemigo. Sin embargo, con mucha abnegación y bajo una estruendosa tormenta, aguardaron los patriotas el amanecer del día 20 en sus posiciones de Padierna, mientras que las fuerzas llevadas por Santa Anna se retiraban a San Ángel, no por cobardía, sino porque el general en jefe quiso guarecerlas de la lluvia, así como movilizarlas al lugar más conveniente al reanudarse el combate.

Con extrema violencia se desató el encuentro del 20 entre los hombres de Valencia y Scott. Pero los extranjeros, por tener consolidado el cerco, pronto se apoderaron de las posiciones de Valencia, quien luchó con mucha hombradía.

Santa Anna, al escuchar el estampido de los cañones, se apresuró a poner en marcha a sus soldados hacia Padierna; pero apenas emprendió el camino, la llegada de los dispersos del Ejército del Norte le hizo saber que Valencia estaba derrotado, por lo cual ordenó que sus tropas se concentraran en la ciudad de México, mientras que él, acompañado de su estado mayor, luego de reunir a los dispersos que pudo, tomó dirección a Churubusco cuidando de recoger todo el material de guerra posible.

Al paso que los triunfadores en Padierna se mueven sobre San Ángel y Coyoacán, el general Scott destaca a la división de Worth hacia los atrincheramientos de San Antonio, que los mexicanos, por orden de Santa Anna, abandonan para replegarse a la capital.

A partir de ese momento ya no hay plan de batalla ni de los mexicanos ni de los extranjeros. Con ímpetus, pero sin orden, avanzan los soldados de Scott; con valor, pero sin concierto, se defienden los patriotas.

En seguida de las refriegas en Portales y el puente de Churubusco, los soldados de Twiggs, primero, y los de Worth después, arremeten contra los mexicanos protegidos en el convento de Churubusco.

Exagerado tamaño dio Scott al combate de Padierna, aumentándolo con las acciones que se siguieron ese mismo día y sobre todo con la toma de Churubusco. Califican los historiadores norteamericanos a este reducto de “verdadera fortaleza”. No era así. Los patriotas defensores del punto lo hicieron a sabiendas de su sacrificio, por lo cual su hazaña ha ascendido a la plataforma de lo heroico. Todo allí, a excepción de algunos recios muros, y de la gallardía de los voluntarios y del arrojo de los irlandeses, era débil para detener el avance de las gruesas columnas extranjeras.

Cuando los norteamericanos triunfan en Padierna, no hay en Churubusco más que un cañón “de a cuatro”, por lo que apresuradamente Santa Anna envía cinco cañones más. Setecientos hombres de los batallones Independencia y Bravo están en el recinto, y no es sino hasta momentos antes del ataque cuando son reforzados con las compañías de San Patricio y una parte del batallón de Tlapa, con lo cual el número de defensores asciende a 1 300.

En camino a México, el general Santa Anna se ha detenido en Churubusco, y aunque sabe cuán endeble es la posición de los patriotas en el convento, ordena al general Manuel Rincón que resista hasta el final, para dar tiempo a que él, el general en jefe, fortalezca las líneas que amparan a la capital de la República y que cree en grave peligro a consecuencia del desastre de Padierna.

Rincón cumple con abundante entereza. A su lado está el general Pedro María Anaya, espejo de ardimiento patriótico.

Carecen los voluntarios reunidos en Churubusco de municiones; pero luego las reciben, aunque no son las propias para sus

fusiles. Así y todo, se defienden de la arremetida de 7 000 extranjeros, que llegan frente al convento con el poderoso ánimo de sus triunfos. Brillan espléndidamente en la defensa del puesto de Churubusco el amor y el honor patrios, y cuando se rinden los mexicanos es que ya no hay cartuchos que disparar.